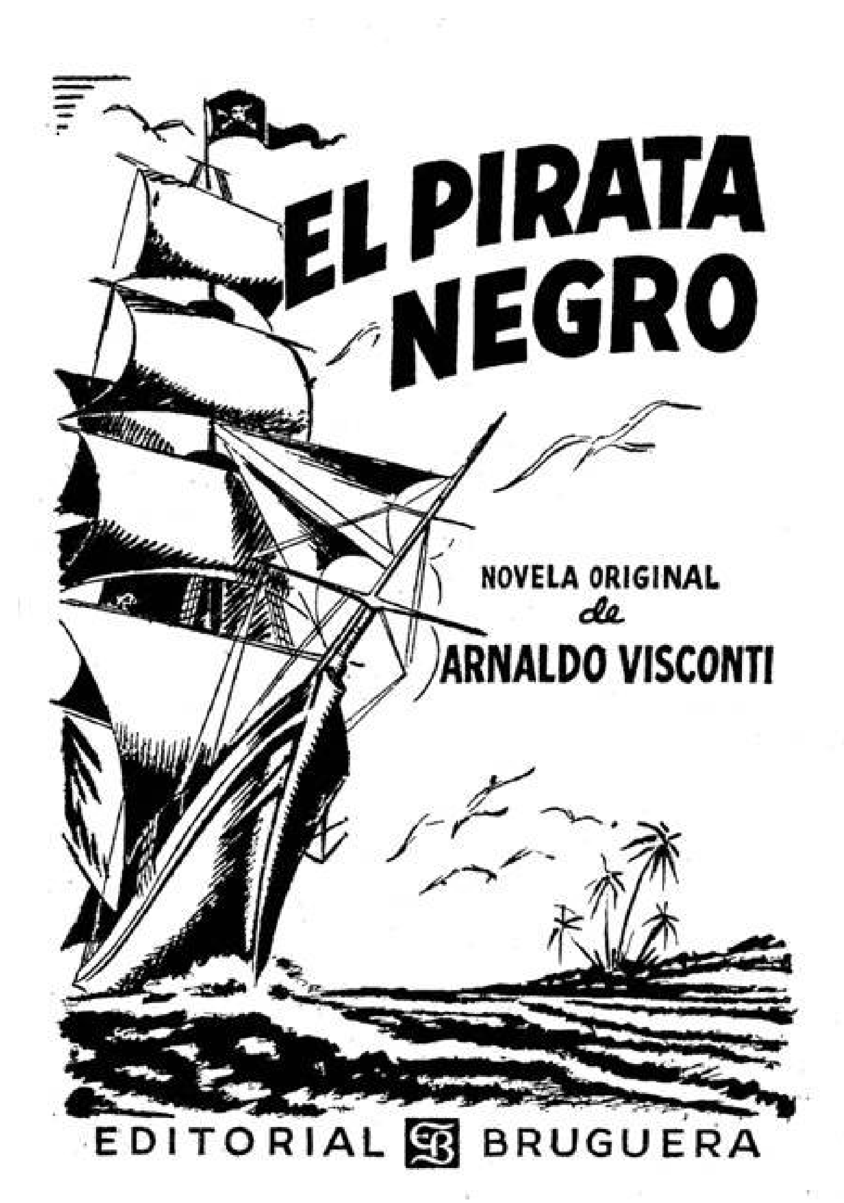
EL PIRATA NEGRO

CONTIENE
UN EPISODI
COMPLETO

por ARNALDO VISCONTI

3'50 PTAS

CAPITANES DE FORTUNA


EL PIRATA NEGRO
NOVELA ORIGINAL
de
ARNALDO VISCONTI
EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

Capitanes de fortuna

Colección El Pirata Negro n.° 77

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1949


CAPITANES
de
FORTUNA

CAPÍTULO PRIMERO

Una noche más...

—¡Abarroto! ¡Y el que no tenga triunfos, que se rasque!

—¡Toma triunfos, tunante!

—¡Ahí va el amo!

Y con recio puñetazo abatió Ambrosio Bustamante su as de copas. Juan Pérez y Lucio Agudo empezaron a contar las monedas que debían pagar.

Diego Lucientes, jarro en mano, contemplaba la partida que aquella noche, una noche más, desarrollábase en, la bodega de la morada del coronel Lezama.

Generalmente, los piratas desahogábanse en el transcurso de la partida, dando rienda suelta a exclamaciones que debían contener durante el día, y puertas afuera de la bodega.

Pero cuando tendió el navarro el mazo de naipes a Lucientes para que éste cortara, el madrileño resumió la común sensación:

—Esta noche no estamos a tono, compadres. Dejemos el naipe y dediquémonos a cotillear.

—Yo opino—aprobó Bustamante — que hasta que nuestro jefe no sepa quién es el que todos pensamos, estamos todos, en cuarentena. Es tal como opino, porque cuando las aguas bajan espesas, nadie bebe si no se aclara.

—Es que también tiene costra eso de que nuestro jefe nos mire a ratos con esa ojeada que pone carne de —clueca—lamentóse Juan Pérez, habitualmente predispuesto a tomarlo todo por el lado cómico—. Y yo no soy ése que buscan.

—Tampoco yo — aseguró Lucio Agudo.

Rió Ambrosio Bustamante.

—¿Sabéis lo más/ gracioso?

—¿Cuál es la gracia?

—Carmen, mi mujer, se cree... se cree que yo soy el de los trapos negros y la máscara de encajes. ¿No es para despechugarse de risa a toda tripa?

—Eso es lo que monda—terció Lucientes—. Y aunque ya va siendo hora de que no me lo tome a chacota, lo cierto es que aquí dentro estamos tojos pensando que uno de nosotros es “Pañuelo Negro”. ¡Y, repámpanos, que no soy yo!

Los tres piratas pusieron cara de ingenua credulidad. Y enrojeció la cicatriz de Lucientes, trazando en su frente el surco congestionado que indicaba enojo.

—¡Eso! ¡Eso es lo que me revienta! Ponéis los tres caras de bobos, como si os las supierais todas y os dignarais admitir que es lógico que yo afirme no ser ese endiablado “suena-mocos”... ¡No lo soy! ¿Está claro? ¡Lo juro por Baco, por Diógenes y su tonel, y si miento, que en fétida agua se convierta todo el vino del mundo y caiga un diluvio que dure años!... ¡Ah, caramba!—Y, apaciguado, son, rió Lucientes. —Ya os parece más digno de crédito el que yo, borrachín y supersticioso, pida agua si miento.

—Es que vos mismo reconocéis, señor Lucientes, que el “Pañuelo Negro” es un familiar de nuestro jefe.

—Mi hija no es.

—Pero... ¿y el señorito Cheij?

—¡Abajo las cábalas!—exclamó Lucientes—. Lo que sea sonará. Cuando el hidalgo Lezama se coloca algo entre ceja y ceja, no se lo quita basta que ya no sirva. El caso es que aquí estoy encerrado hasta que él me permita salir, convencido de que no soy, ni ayudo a “Pañuelo Negro”. Y si fuera uno de nosotros, sería muy natural, y en el fondo, el hidalgo Lezama le da la razón al tal. Porque..., hermanos, ¡hay que ver cómo hemos degenerado!

—¿Qué es eso, señor Lucientes?

—Es la caída, la perdición, la sopa boba. Aquí estamos jugando al tute, comiendo bajo techo... ¡Puaf! ¿Dónde están las galernas con voz de borracha? ¿Dónde están, los abordajes? ¿Dónde está el correr delante de soldados, que es mucho más entretenido que correr detrás? Da asco esta tranquilidad... No miréis asustadas... ¿Da o no da asco saber que al acostamos nadie nos vendrá pistola en mano a despertarnos? Cuando se ha probado el néctar de la

aventura... está uno enfermo, y lo necesita. ¿Os creéis que a veces nuestro jefe no está tentado de mandarlo lodo al infierno y volver al “Aquilón”, hacia nuevos horizontes de lucha? Creedme... Ya lo veréis. Es por ahora un águila encadenada por su propia voluntad, con el dogal de coronel.

—Yo opino que nuestro jefe aguarda a que se case su hijo con vuestra hija, señor Lucientes. Después... me callo y no digo más, que a buena entendederas con la mitad lo capta entero.

—¿Y cuándo es la boda, señor Lucientes?

—Ah... También en esto influye el dichoso pañuelito. El hidalgo Lezama ha prometido que no habrá boda, hasta que no sepa quién es el enmascarado. Hablemos de otra cosa. ¿Dónde está don Marcelo?

Los tres piratas rieron a coro. Y tan a gusto reía Ambrosio Bustamante, que gruesos lagrimones caían de sus ojillos...

—¿Es cierto que no lo sabéis?— inquirió Juanelo al cesar las risas, y mirando a Lucientes.

—¡El viejo está chocho¡—cloqueó Lucio Agudo.

—El compadre está sufriendo la pena que era de esperar. ¡Está enamorado!

—¿Eh?—saltó Lucientes en el colmo del estupor—. ¡No y no! ¡Estoy curado de sorpresas y asombros, pero esto es increíble! “¿Cien Chirlos”' enamorado?

—Como un perro—dijo Juanelo.

Y aquella comparación provocó un nuevo acceso de hilaridad homérica entre los tres piratas.

—Pero si don Marcelo es el empedernido ¿solterón que rehuyó como a la mismísima peste a Eva...—manifestó Lucientes.

—Como un perro—repitió Juanelo, aguantándose el estómago.

—¡Y se llama Colasa!—farfulló el navarro, riendo a mandíbula batiente.

—El nombre es lo de menos. Hay Sinforosas y Restitutas que son encantadoras, y en cambio hay Marías y Milagros que son totalmente innocuas. Colasa, aumentativo de Nicolasa, puede convertirse en momentos de efusión en Lasita. ¡Repámpanos! Dejad va de reír, belitres. ¿Qué le ocurre a Colasa y a don Marcelo?

Levantóse Bustamante, colocándose un dedo sobre los labios.

—Como ahora él nos cree jugando el naipe, le podremos

sorprender, si andamos de puntillas. Yo sé dónde charla con su Colasa.

—No hay que turbar los idilios— dijo Lucientes.

Nuevas carcajadas le hicieron reafirmarse en su opinión de que cuanto más bruto, más niño es el hombre virilmente obtuso.

En hilera los tres piratas, andando sigilosamente, atravesaron la bodega, seguidos por Diego Lucientes, hasta llegar al patio que se abría tras las caballerizas.

Y sin dar vuelta a la esquina se detuvo el navarro, que iba en cabeza. Tras él, se apiñaron los otros.

Oyóse clara y perceptible la ronca voz de "Cien Chirlos":

—Estás gordita y lustrosa, Colasa.

Los tres piratas tenían ante sus respectivas bocas, las dos manos entrelazadas sofocando las risas que les hinchaban los carrillos.

—Y cada día que pase estarás más cebada, gorda, guapa. Que para eso, yo, tu dueño, te doy buenas raciones de carne. No me pongas las manos encima de las rodillas, y quédate quieta, Colasa.

En el colmo del estupor, avanzó Lucientes el busto. La forma de galantear del viejo lugarteniente era desconocida para él.

Pero no veía más que dos sombras inclinadas, y la más voluminosa, la constituida por las amplias espaldas de "Cien Chirlos", que con brusca entonación estaba diciendo:

—Tú eres fiel, y tus ojazos tienen mucha sed de cariño. Nos vamos a querer mucho, ¿eh, Colasa?

—¡Cuan, guau!—ladró Juanelo.

—¡Me pirro por ti, Marcelito!— gritó, con voz aguda, Bustamante.

Y entre incontenibles carcajadas, Lucio Agudo coreó:

—¡Quiéreme siempre, guapote!

Enderezóse la maciza silueta del lugarteniente, que en el obscuro patio gritó en dirección a la esquina, donde los tres piratas reían desaforadamente:

—¡Que venga acá el valiente que se ríe! ¡Lo deslomo!

Los tres piratas, al ver acercarse al iracundo lugarteniente, alejáronse corriendo sin cesar de reír.

Y Diego Lucientes vio cómo tras el viejo pirata, una perra rechoncha de largos pelos rizosos, moteado el blanco cuerpo de manchas negras, trotaba alegremente, husmeando con ruido.

—¿Eres tú, señor Lucientes?—inquirió, deteniéndose, “Cien Chirlos”, y en su pregunta alentaba un sorprendido reproche.

—No sabía que era una perra tu nueva amiga, don Marcelo. Me hablaron nuestros compadres, de Colasa... No te enojes si se ríen. En el fondo, les complace que tengas una amistad fiel. Y en cuanto a mí, con sinceridad, te alabo el gusto. Un libro, un perro, un niño, un cachorrillo de fiera, son la mejor compañía del hombre.

—Eso dice también “él”.

—¿La mercaste?—preguntó Lucientes, acariciando la cabezota de la perra, que en pie apoyaba sus patas delanteras contra la pierna del pelirrojo—. ¿Cuánto pagaste por ella?

—Nada, señor Lucientes. Anteayer vino junto a mí. Estaba hambrienta y... Bueno, me dio lástima.

—Es hermosa.

—Quiero ver si la adiestro para cazar. Le doy—... le doy a oler pañuelos y los escondo, y los encuentra.

—Tate... “Pañuelo Negro” a la vista. Quieres ayudar a nuestro jefe, y Colasa te puede servir, ¿no?

—Pero... también le he cogido ley al animal. Y me comprendes, señor Lucientes, cuando te digo que sólo le falta hablar... Duerme conmigo, y me entiende. Aquellos zopencos se ríen...

Y yo me río de ellos—bufó “Cien Chirlos”.

—Estás en lo cierto, don Marcelo.

Y sigue con Colasa, tanto si te conduce al rastro de “Pañuelo Negro”, como si no. Una perra no habla, y por eso es la más ideal de las compañeras.

* * *

Al parecer, era una noche más la qué transcurría en los vastos salones del Palacio Virreinal de Latacunga, donde como acostumbraba hacerlo semanalmente, el Virrey recibía a cuantas personas acudían a rendirle pleitesía.

Y no obstante, en el pabellón del parque privado donde solía pasear la hija del Virrey, acababan de suceder hechos que motivaban la colérica irritación del Pirata Negro, quien en la penumbra y dirigiéndose a un punto indefinible lanzó con vehemente exclamación un juramento:

—¡Seas quien seas, y valgan lo que valgan tus cómplices, me las pagarás, “Pañuelo Negro”!

El rapto de Juana Pereña, más que incitarle a enojarse contra Frasco Zarzales, le impelía a ira contra sí mismo, porque por su voluntario acatamiento de autoridades ajenas, veíase obligado a adoptar actitudes muy contrarias a su carácter.

Por su decidido propósito de formar un hogar, había aceptado ser el coronel del Tercer Tercio, y acatar la autoridad del Virrey, en demostración de que su rebelde temple sabía claudicar cuando el motivo era digno.

Pero empezaba a pesarle el que, debido a esta nueva situación, se hallase obligado a rendir cuentas del reciente suceso.

Si, como era su obligación comunicaba al Virrey la huida de Juana Pereña con Frasco Zarzales, cómplice de "Pañuelo Negro", tenía que especificar que si el aventurero sevillano había logrado huir, no era afronta que atacase su propia valentía, sino que debíase a la armada intromisión de la mismísima hija del Virrey.

Por lo que, más que tanto, podía deducirse claramente que Juana Pereña había sido la principal responsable de que Zarzales consiguiera llevársela consigo a un lugar desconocido.

Y repugnaba al viril temperamento del Pirata Negro denunciar los hechos veraces al Virrey.

Regresó hacia el edificio, atravesando los jardines, y meditaba en ciertas expresiones del incorregible pelirrojo rebelde, que no se recataba en afirmar que era impropio de "águilas el nutrirse de la sopa boba de una situación sin riesgos, encasillada en oficio".

Ante la presente incidencia, el Pirata Negro admitía en su fuero interno que si continuara navegando con pabellón libre, a nadie tendría que dar cuenta de sus actos.

Saludó, casi maquinalmente a dos oficiales del Tercer Tercio. El saludo era ceremonioso y cortés, pero, no obstante, percibía Lezama que nunca lograría granjearse la total confianza de aquellos hombres, pertenecientes a otra clase de distinta espiritualidad, para quienes el código ele la aventura era muy diferente a la de seres como Diego Lucientes, él mismo, Frasco Zarzales…

Serenóse como por encanto el mal humor de Lezama, porque en la terraza y viniendo a su encuentro aparecía la mujer, por la que él consideraba que cuanto se imponía tenía merecida recompensa.

La comprensión, la dulzura femenina de Mireya de Ferjus, eran tesoros que colmaban cuanto pudiera ambicionar.

—Una deliciosa noche para pasear al claro de luna, Mireya.

—Tal fue mi idea, y por eso aquí estoy, Carlos.

—Es siempre mi renovada admiración la que te rinde homenaje, porque pareces adivinar mi deseo de hallar en ti consejo. Nunca a nadie pedí ni de nadie quise asesoramiento, y no me duele admitir que hay momentos en que si no te tuviera, quizá cometiera torpezas.

Enlazaba él con su brazo el talle de su esposa, mientras paseaban por los jardines.

—Tal vez quieres hablarme del caballero con el cual fuiste al despacho particular del Virrey.

—Tate... ¿Eres bruja adivina?

—Dicho caballero llamaba mucho la atención de las damas.

—Ahí me duele...—quejóse el Pirata Negro—. Y conste que dicho individuo al cual amablemente llamas caballero, me es simpático particularmente, aunque cuando vuelva a echármelo en cara, lamentará jugar conmigo. Sentémonos en este banco, Mireya. Largo es lo que he de contarte. El individuo en cuestión se llama Frasco Zarzales. Quizá comprendas qué clase de mentalidad tiene, cuando te aclare que él y Lucientes, inmediatamente simpatizaron, y nuestro amigo decidió ayudarle en su propósito. Frasco Zarzales, por lo que contó a Diego, estaba perdidamente enamorado de Juana Pereña. Deseaba presentarse a ella, románticamente. No hay quien iguale a don Diego para tales lances... ¿Sonríes?

—Pese a cuanto haga, y porque sé que a sabiendas, don Diego no cometerá nunca mala acción, me sonrío recordando que gracias a una estratagema de las suyas logré ser tu esposa.

—¡Lo nuestro fue diferente! A mí, no me escandaliza que un espadachín errante, pretenda de amores a la hija del Virrey... Pero, vayamos por partes. El hecho es que Zarzales, con la ayuda de Lucientes, entró románticamente en el pabellón del parque, fingiendo ser perseguido. No era mucho el fingimiento, ya que Zarzales tiene según propia confesión, estrecha relación con “Pañuelo Negro”.

—Tu pesadilla.

—Porque tengo la certeza de que es alguien de nuestra familia... ¡y lo descubriré!

—Puede, también, ser alguien que por haber recibido de ti

favores, vengara con original disfraz afrenta que intentaron hacernos. Todo se aclarará, Carlos, porque así te lo has propuesto. Sígueme contando lo sucedido con. Fraseo Zarzales.

—Parodiando al César, llegó, miró y venció. Sortilegios de su apostura, su labia, su simpatía, y sus verdes "mirillas"... La hija del Virrey ya no vio más que por sus; ojos. Viene ahora lo bueno... Enterado yo del tejemaneje entre Diego y Frasco, acudí aquí. Pero en el pabellón no estaba ya el presunto perseguido. Juana Pereña, al yo advertirla del peligro de oír sólo la voz de su soñador corazón, me calificó con razón de importuno y aguafiestas.

—¡Qué mocosilla más impertinente!—indignóse ella.

Arqueó las cejas, Lezama, en afectuosa burla.

—También tú habrías replicado lo mismo a quien hubiera intentado aconsejarte allá en Francia, cuando te enamoraste del pirata, que hoy se complace en tenerte por esposa. Volvamos a Zarzales. Con osadía que le admiro, presentóse esta noche al Virrey, el cual ya sabedor de que su hija, por propia declaración, amaba a un desconocido capitán, no estaba muy en favor del proyecto do dar consentimiento a tal idilio. Frasco Zarzales, invocando su calidad de capitán de fortuna... dijo que amaba a Juana Pereña, y deseaba casarse con ella. Quizá el Virrey, antiguo soldado, no quiso ordenar que expulsaran al mozo, porque íntimamente reconociera cierta nobleza en la actitud del que confesaba poseer, por toda fortuna, una espada de primer orden, y un espíritu propicio a favorecer siempre al más débil. El Virrey le dijo que cuando tuviera un grado estable, y demostrara un deseo de tener oficio permanente, abandonando vagabundeos, que volviera. Frasco Zarzales, no protestó. Juntos abandonamos el despacho para continuar hablando en el pabellón... Una espada soberbia, Mireya. Un duelista de gran escuela... No quiso decirme quién era "Pañuelo Negro". Admitió que él y otro, eran cómplices del tal. Aseguró, como yo insinué, que "Pañuelo Negro" era de mi familia...

—Lo que tú llamas tu familia es tribu numerosa, Carlos. Comprende todos los piratas del "Aquilón"...

—No... Es alguien que maneja la espada tan bien como yo y como Zarzales. Alguien que sólo puede hallarse entre dos personas.

—¿Quién es?

—Lucientes... o Cheij.

—Cheij te lo confesaría, y Lucientes también.

—Todo se andará. Estaba yo dialogando espada en mano con Frasco Zarzales, cuando he aquí, que la locuela de Juana irrumpe sin yo darme cuenta, me aplica pistola en los riñones, y me conmina a cesar de poner en peligro la dulce vida de su Príncipe Azul. Era una situación molesta... Corría peligro la propia existencia de la mocosa. Tuve que ceder... Frasco Zarzales, con agilidad de leopardo, llevóse a su amada, cerró la puerta, y teniendo caballos a la espera, alejóse a todo galope, antes de que yo pudiera ni siquiera ver el sendero por donde huyeron. Nada hay de humillante para mí en este fracaso. Había por medio una mujer... Pero ahora, lo peor para mí, no es tener que llegarme al Virrey y decirle: “Buenas noches, excelentísimo señor. Ante mis propias narices acaban de raptar a vuestra hija, y el raptor es Frasco Zarzales, cómplice de “Pañuelo Negro” sino que en pro de la verdad, debo añadir que no es entera la culpa del sevillano, sino más bien de la mocita, que más que raptada, fue casi raptora. ¿Comprendes lo enojoso de tal trámite? Tiene matices de soplón... que si yo fuera el Virrey, contestaría: “¿Pues, qué, león? ¿Sois vos el famoso invencible y ante vuestras melenas se me llevan a mi hija? Vos sois un ente presumido, que ni sabéis evitar un rapto, ni sabéis dar con un enmascarado, y en cambio sabéis venir a contarme lo que ya no tiene remedio.”

—Aunque los hombres pretendan que en asuntos, femeninos, la mujer tiene menos benevolencia para ”juzgar, yo creo, Carlos, que debes posponer tu comunicación al Virrey, hasta que yo haya hablado con su esposa.

—¿Para...?

—Firme es mi convicción de que no tardarás en encontrar a Frasco Zarzales.

—Dio su palabra de espadachín, de reanudar antes de siete días, el interrumpido diálogo de aceros. Y por habérmelo oído decir, ya sabes, Mireya, que los que se precian de primerísimos espadas, cumplen sus palabras.

—Mejor entonces, Carlos. Tú devolverás a Juana a sus padres, o lograrás arreglar esta dificultad surgida. Deja, que hable con la esposa del Virrey.

—Indudablemente, ni yo soy coronel, ni es Pereña Virrey, para

complicarnos la existencia en lances amorosos. Pero, ¿de qué utilidad puede sernos la esposa del Virrey?

—El Virrey ha negado la mano de su hija a Zarzales. Enterada ella, en arrebato de desesperación, ha querido refugiarse en un convento. Y con injusticia perdonable, cree autor de su presente desconsuelo a su padre. —Y Mireya de Ferjus iba exponiendo Su “arreglo”—. La madre aceptará el mentir por evitarle al Virrey un dolor hiriente, al que en el padre uniríase el escarnio al Virrey, y aconsejará que es preferible que durante unos días, él deje de ver a Juana...

Y mientras, tú, sabrás encontrar su paradero...

—¿Y si no lo logro?

—Siempre tiempo quedaría para decir que Zarzales la raptó del convento.

—Aquí espero, Mireya. Si la esposa del Virrey acepta esa mentira piadosa, que siga el Virrey ignorante, que por todos los medios lograré devolver a la razón a la mocita, así tenga que registrar palmo a palmo toda la comarca.

Media hora tardó ella en volver.

—Atribulada ha quedado como madre, pero como esposa acepta mentir, porque como yo, confía plenamente en ti. Y admite como bueno mi consejo. El Virrey refunfuñará, pero a instancias de ella, no pretenderá sacar a Juana del convento en que imaginativamente la encerramos... hasta que tú, resuelvas la doble sonrisa de la Esfinge: ¿dónde está Juana Pereña? ¿Quién es “Pañuelo Negro”?

—Ambas preguntas me las contestará Frasco Zarzales.

Capítulo II

Saber renunciar

La luz de unas teas chisporroteantes, convertía en brillantes paredes sangrientas, las cóncavas y rocosas de la gruta, recubierta en aquel ensanchamiento por tapices y telas granates.

Una mesa separaba a dos seres. Uno de ellos vestía normalmente, y su aspecto no era desusado.

Corpulento, alto y amplio de tórax, vestía con ropas de mosquetero. El cabello castaño, en larga melena, rozaba sus espalderas de cuero, por donde atravesaban las cintas del tahalí.

El mostacho y la perilla, merecían de vez en cuando la caricia algo brusca de su mano zuma, en aplastamiento que constituía en Cantón d'Arsonval un gesto característica de reflexión.

Belga por nacimiento, alardeando de su cuna flamenca, Gastón d'Arsonval había recorrido mucho mando. En su cara alargada, los saltones ojos parecían siempre avigorar en insaciable curiosidad.

Era original, grandilocuente, amante de relatar hazañas desmesuradamente exageradas que nunca realizó, callando las reales en que intervino, y podía definirse como un especial temperamento donde la parsimonia y la agresividad mezclábanse en paradójica fraternidad.

No era pues, un ente ordinario… y no obstante, en, el ya de por sí extraño decorado que rodeaba a las dos figuras, no era la suya la detonante.

Al otro lado de la mesa, una silueta deshumanizada por flotantes telas negras, y rodeada la cabeza por pañuelo negro de tupido encaje, presentaba un aspecto fúnebre.

Pero, Gastón d'Arsonval parecía encontrar muy natural, que ante él se hallara aquella máscara.

Porque, continuó hablando con ronco rodar de las “erres”, aunque en perfecto español:

—Somos capitanes de fortuna, y es nuestra mayor gloria. De nosotros, no pueden esperarse vulgaridades. Frasco Zarzales ha raptado a la hija de un Virrey. Esto es una vulgaridad.

Y con ademán que ahora quería expresar sincera aprobación a sus mismas palabras, aplastóse d’Arsonval bigote y perilla.

El enmascarado, opaca la voz por el celaje del rostro, habló en lenta réplica:

—Cuando por azar que siempre bendigo, os conocí a vos y al capitán Zarzales, y decidisteis ayudarme en esa aventura que os pareció digna de triunfar, juramos el pacto de ser tres en uno. Yo, espero de todo corazón que la mujer que el capitán Zarzales ha traído a nuestro refugio, no constituya un obstáculo. Por ahora, en evitación de ser reconocido, tengo que permanecer enmascarado. Pero, lo que temo, es que achacándome este rapto a mí, el conde Ferblanc halle en esto motivo de reproche cuando sepa quién soy.

—El capitán Zarzales, si bien acaba de salir jurando que ella es su amor único y eterno, ha prometido también meditar hasta el amanecer. Y os repito, que por ser capitán de fortuna, no incurrirá en vulgaridad, que no otra cosa es raptar a la hija de un Virrey. En cuanto al conde Ferblanc, a su tiempo será instruido de que vos no tuvisteis arte ni parte en esa destemplanza de nuestro común aliado.

—Vos conocéis los motivos de mi rencor y a la vez de mi admiración hacia el conde Ferblanc. Dice el capitán Zarzales que ha reconocido el león plateado al hombre digno de su fama. No lo ha dicho explícitamente, pero cuantas, veces a él aludió, lo hizo con evidente simpatía. Vos, capitán d’Arsonval, sois sumamente experto en hombres. Yo, aunque madurado por solitarias reflexiones, quiero ver con mayor sagacidad con mirada ajena. ¿Tendríais inconveniente en entrevistaros con el conde Ferblanc, rehuyendo todo riesgo, y darme vuestro personal parecer?

—Muy gustoso. Tengo interés, personal en conocer a esos dos caballeros de la aventura, llamados Diego Lucientes y Carlos Lezama. Casi confesaré que, aparte de mi aprobación por vuestro plan, influyó en mi decisión de acudir a estas tierras, la natural curiosidad por conocer a los citados amantes del vuelo alto, en huida a la rutina de un prosaico vivir. A media mañana, como

acostumbramos, el capitán Zarzales y yo, nos reintegraremos a nuestro alojamiento del “Mesón del Viajero”. Después... cuando deseéis reaparecer, ya os diré mi personal apreciación del valer de vuestro...—y apresuradamente corrigióse d’Arsonval—... del conde Ferblanc.

—Hasta mañana por la noche, capitán d’Arsonval.

La figura enmascarada dirigióse, tras levantarse, hacia una de las.colgaduras rojas, que apartó, revelando una puerta. Cayó el rojo tapiz y quedóse a solas d’Arsonval.

Levantóse, tras, atusar su mostacho y perilla, y andando por oblongo subterráneo, disminuyó la zancada, al pasar ante una cueva abierta lateralmente, que también presentaba sus paredes recubiertas por damascos y tapices, rojos.

La linterna, que apagadas las antorchas, desparramaba tenue luz en el interior del aposento habitual estancia de Frasco Zarzales, desde que había llegado a Latacunga, iluminaba ahora la presencia de una muchacha tendida en el lecho, durmiendo profundamente.

Estaba vestida por completo, con rico atuendo, y unas pieles la cubrían a medias.

Acercóse el belga andando sin producir el menor ruido, y procedió a ordenar las mullidas pieles para abrigar a la durmiente, cerciorándose con ello a la vez, de que las emociones y los anteriores desvelos de noches blancas, habían producido un sueño profundo en Juana Pereña.

Abandonó la cueva, para ya más lejos, recuperar su paso normal. Cercana a una de las dos entradas al subterráneo, abríase un espacio destinado por los tres aventureros.a caballeriza.

Miró d’Arsonval, sin divisar a Frasco Zarzales. Dirigióse hacia las estrechas escaleras a cuyos lados, había declives para facilitar el descenso y ascenso de los caballos.

A lo alto de-ellas, como un lunático sonámbulo que interrogara la noche tendida sobre la desértica extensión de las arenas movedizas, Frasco Zarzales, en pie, brazos cruzados, alzaba el rastro como si pidiera consejo al silencio y la soledad.

Gastón d’Arsonval colocóse a su lado.

—Si soy demasiado visible para ti, me retiro. Si soy demasiado pesado, me voy. Decide, Frasco.

El interpelado, más joven que su interlocutor, apuesto y exótico,

destacándose en el bronceado rostro el cerco de oro del arete que pendía de su oreja izquierda, siguió en silencio mirando hacia lo alto.



—¡Ella es la mujer de mis sueños!...

Pero su diestra hizo un ademan, como de salutación y acogida.

—Hace cinco años que juntos hemos ido por doquier, Frasco. La tierra sevillana y mi flamenco país, nos crearon, y nos unimos para recorrer la bella senda que el mundo ofrece a los que, escasos en número, quieren huir de la prosaica realidad del diario vivir. Hoy por hoy, y hasta que "Pañuelo Negro" decida tener en continuo jaque de intriga al conde Ferblanc, esta hondonada es nuestra torre de marfil. Tres en uno, sin roces, ni discusiones,

—Ella es la mujer de mis sueños, Gastón—replicó Zarzales.

—Saber renunciar fue siempre nuestro lema, Frasco. Nosotros, los capitanes de fortuna, renunciamos a las vulgares compensaciones humanas, tales como seguridad, hogar, esposa, hijos, método y acatamiento. Somos los representantes de la raza aventurera en su más pura expresión. Desdeñamos el oro, la gloria y el poder, Y a veces, creo que no es heroicidad, si no egoísmo. Recuerdo, cuando allá en Koenigsberg, el príncipe Rupert me ofreció ser el general de sus ejércitos. Lo hizo, cuando me vio

flamear al aire mi espada, y solo, atacar a diez jinetes… Eran diez valones, mis naturales enemigos… Uno a uno Los desmonté, de sendos cortes a las sillas, sin inferir ni un rasguño a los caballos. Los diez sucesivamente pretendieron desarmarme… Pero esta daga, cuya empuñadura de perlas es mi amuleto, paraba los altibajos de la decena, mientras mi espada, contraatacaba… Un combate épico, que aun hoy, los trovadores cantan emocionados, con trémolos en la voz… Supe renunciar…

Frasco Zarzales giró el rostro, donde una melancólica sonrisa, mostraba la blancura de sus dientes.

Gastón d’Arsonval comprendió el significado de la sonrisa.

—Bien… No es verdad, pero resulta interesante. Lo cierto es, que saber renunciar recompensa. Nos evitamos sinsabores, Supongamos que yo consigo enamorarme de una bella encarnación de Eva. Sueño con ella, y ella sueña, conmigo. Hermoso paréntesis… que fatalmente, termina en boda. La quiero, me adora, somos felices, y acepto la imposible posibilidad de que siempre arda el fuego apasionado de un continuo amor primero. Supongamos que ella enferma… Meso mis cabellos, no duermo, no como, enflaquezco, y pálido y ojeroso siento destrozarse mi corazón. Sufro… No enferma ella, sino yo. Entonces ella sufre y por verla triste, me mustio. Si nacen hijos, son primera delicia, después preocupación, y por fin ingratitud. Que son excepciones, también sus penas y sus, enfermedades nos hacen sufrir. Llego pues, a la conclusión de que sabiendo renunciar a esas honestas felicidades, nos ahorramos muchas penas… ¿Que a instantes nuestra alma siente vacío? Ahí está para resarcir la aventura, el riesgo, la lucha…

—Ella es como la nieve de las cumbres sin hollar… Pura, alada, impalpable, porque es espíritu hecho mujer.

—Está durmiendo… pero despertará. Soñar, es, el mayor don que dieron los cielos a las niñas de puro corazón. No hay dureza ni reproche en mis palabras, capitán Zarzales. Son cinco años, los que junto a ti, he vivido, viéndote enamorar, enamorado, desengañar y desengañado.

—Ella es distinta.

—Por eso mismo, despertará… Pasarán los días, y verás que la nieve se funde, apareciendo la mujer. Te darás cuenta, y sentirás la atracción de otra cumbre sin hollar. Si fuera para ti un idilio más,

en tu búsqueda de lo que nunca encontrarás, nada diría. Pero Juana Pereña, es, en esta noche la plenitud de un sueño que se realizará, si sucumbes al engaño que acecha al que pretende convenir en prosaico vivir un bello sueño. Renuncia, capitán Zarzales… porque además de un sueño, ella representa un obstáculo en la senda de “Pañuelo Negro”, y en tu propia libertad.

—No renunciaré, a ella. Será mi esposa.

—Vivirá siempre inquieta. Vivirá alejada de sus comodidades y de sus padres. Hoy, esta noche, y muchas otras, mientras en ti aliente el ensueño, ella sólo te verá a ti. Después… cuando tus ausencias sean más prolongadas, ella mortificará sus ojos llorando, y su alma, callando.

—Nunca te oí hablar con tanta profundidad, Gastón.

—A caballo, y en largos paseos, medito mucho. Y por saber renunciar a enamorarme, entiendo de ajenos amores. Cásate con la hija del Virrey, y podrás hacerla feliz… si te sacrificas. Pero no lo serás tú. Nosotros somos capitanes de fortuna… Tú y yo… “Pañuelo Negro” lo es, por haber adoptado una manera difícil de vengar una humillación a su naciente hombría. Dejará de serlo… De nuevo, tú y yo, pediremos al mundo que nos dé el tesoro que le pedimos: nuevos ablentes, riesgos, y renovarse. Si te casas… me quedo solo, capitán Zarzales. Respeta mi egoísmo. Seres como tú y yo, hay pocos.

—Diego Lucientes y el conde Ferblanc.

—Por ahora, al menos el último, más deseará matarnos que formar alianza.

—Eres persuasivo, Gastón, pero… ¡no tengo el valor ni la fuerza de renunciar!

—Todo lo acepto, capitán Zarzales, menos que tú o yo, podamos ni siquiera pensar que carecemos de fuerza o valor. Yo sé que es costoso renunciar voluntariamente, sin que la monotonía o el desengaño, nos obliguen a vergonzosa renuncia. ¿Cuántos millones de hombres pueblan la tierra, capitán Zarzales?

—Lo ignoro.

—Pongamos que haya algo más, de mil millones de bípedos con espada. Pues, mal contados, habrá unos dos centenares de legítimos capitanes de fortuna. Y de ese par de centenares, sólo hay dos que reúnen la quintaesencia del valor, la fuerza, la genialidad, y el

despego a todo lo prosaico. Tú y yo. Plenamente de acuerdo sobre aserto que por su claridad rayana en el delirio, además de indiscutible axioma, está demostrado por donde hemos dejado huellas, no queda más que la demostración de tu actual obcecamiento.

—No estoy obcecado.

—¡Juraste huir de lo prosaico!

—Lo hice y lo hago.

—¿Crees, digno de ti, casarte con la hija del Virrey? ¿Crees digno de nosotros asistir impávidos al derrumbamiento del sueño de una romántica muchacha? Convertirte en esposo, y que la que en ti ve a su. Príncipe Encantador, progresivamente lo vea convertirse en un marido cariñoso por afecto, pero no por impulso inicial, son dos prosaicas realidades, contra las que te pongo en guardia. ¿Jurará amor eterno, capitán Zarzales? A fe, que me defraudáis… ¿Sois pues, un cadete oficial con el primer bozo apuntando en el labio, y el primer idilio en perspectiva? ¿Vos que en cada aldea dejasteis nostalgias, y en cada ciudad resucitasteis corazones para devolverlos después a la nada?

—Esta noche… ella es el verdadero amor, la mujer predestinada.

—Ah, ah…—exclamó, triunfante D'Arsonval—¿Esta noche? Retrocedes a tus barricadas, Frasco Zarzales. Te bates en retirada… Sucumbe tu labia de galán, a mi ataque de ciceroniana pulcritud, fulminante. ¿Es que la aventura de "Pañuelo Negro", nosotros, las promesas de más grandezas futuras, vale lo que una noche de creer y un amanecer de cruda prosa? Atrás, atrás, galán… Montañas de mujeres superpuestas esperan tu voluble seducción. Deja que no despierte la que ahora duerme. Esta noche no ha existido. Renuncia, y crecerás. Renuncia, y yo. Gastón d'Arsonval, el que ante reyes permaneció cubierto, y que ante ejércitos flameó invicta espada, me descubro y rindo el acero.

El sevillano forzó una sonrisa.

—Amargo es renunciar, Gastón.

—Bello es creer en la amistad, Frasco.

—Soy tu amigo.

—¡Mi chambergo ante mi pecho… y que no despierte ella, porque tú eres fuerte, valeroso y caballero!

—¿Qué debo hacer?

—Déjame que la devuelva a su vida.

—Me esperará, se mustiará, no habrá felicidad para ella. No es presunción mía... Seguirá soñando...

Gastón d'Arsonval dio solemnes cabezadas.

—Cierto. Pues... ¡sé magnífico insuperable, sin igual! Que tu renuncia tenga visos de heroicidad espartana.

—No logro comprenderte.

—Paga tus culpas, galán. Y hazlo con gesto paladín. Fingiste persecución, y Diego Lucientes te dio estratagema romántica. La doncella duerme, y ha abandonado a sus padres, por un Príncipe Azul. Lo eres, porque la naturaleza te hizo imán de femeninas voluntades. En amor, todo está permitido... menos jugar con el corazón de mocita soñadora e ilusionada. ¡Ah, querido...! Duro soy, porque veraz y amigo. Apareciste ante Juana como la plasmación del ensueño. Si la abandonas, seguirá mustiándose. Cometerá cualquier irremediable memez. Tu deber de capitán de fortuna es impedirlo. Sufre y hazla sufrir. Sí, un rápido desengaño feroz, que la curará. Que la farsa de los que mucho sabéis mentir amores, sirva ahora para evitar mal imperdonable. Tú, con nobleza la amas ahora... para dentro de semanas o días, olvidarla. Lo reconoces... Sí, sí, capitán Zarzales, no me interrumpas. Lo reconoces. ¿Diego Lucientes te ayudó a la farsa del Príncipe Azul? Yo, Gastón d'Arsonval, voy a ayudarte a devolver a la prosaica realidad a un alma que ¡sufriría soñando. ¿Dispuesto a sacrificio, capitán Zarzales?

—Por tu amistad.

—¡Siempre unidos! ¡Avante, capitanes de fortuna! Mientras entre mil millones de rutinarios, vibre con luminosidad diamantina la poesía viril de la renuncia, el mundo está salvado, por doquier vayan Frasco Zarzales y Gastón d'Arsonval... y conste que es la primera vez a mi nombre antepongo otro. Escúchame con atención, galán... ¿Qué es el Príncipe Azul?

—La ilusión que las jóvenes sin amor so forjan de un hombre leal, caballeroso, apuesto, audaz y enamorado.

—Aroma de flores, palabra dulce, galante cortesía... ¡Peste a vino, malsonantes groserías, y rudeza bestial! Esta será tu penitencia, capitán Zarzales, por haber osado cometer la vulgaridad de raptar a la hija dé un Virrey.

Capítulo III

La saludable desilusión

Juana Pereña dormía profundamente, pero en su mente, reinaba la imagen de Frasco Zarzales, y en sus oídos sonaba la grata voz bronca, viril, acariciante.

Despeinó, porque contra su rostro percibió repentinamente un hálito quemante, maloliente…

Y los verdes ojos de Frasco Zarzales, tenían fulgor felino, en el rostro que sobre ella se inclinaba.

Desabrochado el jubón, manchado de vino, sudorosa la frente, el sevillano "hacía penitencia"…

Murmuró palabras incoherentes, para con esfuerzo, irlas haciendo más explícitas

Él brusco despertar de Juana Perdía, fue colmándola de horror, a medida que iba oyendo lo increíble:

—Hola, tontuela. Fácil me ha resultado engañarte… Como todas… Ahora… mucho oro pagará tu padre si quiere volverte a ver… Linda y sin seso… ¡Por tu memez!

Y alzó Zarzales un jarro que apuró, derramando sobre su jubón el vino que resbalaba por su cuello…

—¿Por qué me miras así, tontuela? Soy el mismo… Pero ya estamos en confianza. Estás conmigo… Y beberás; a mi salud… Tengo sueño… Descálzame… ¡Quítame las botas, presumida boba!

Y tambaleándose, dejóse caer Zarzales sentada en el lecho, tendiendo las piernas.

En Juana Pereña dos repentinas sensaciones dominaron un miedo atroz y un asco indecible.

No supo cómo, pero saltó para correr hacia el exterior de la gruta. La persiguió la brutal carcajada del fingido borracho.

—¡Corre como paloma enjaulada! No huirás... Volverás a mis; brazos amantes...

Cubrióse ella los oídos, alocada. Corría, desorbitados los ojos. Y se detuvo anhelante, fatigada, pronta al desmayo, al divisar ante ella al corpulento y alto caballero de saltones ojos, que en el rapto había Zarzales designado con el nombre de Gastón d'Arsonval.

—¡Favor, señor! — imploró ella—. Vuestro amigo está ebrio.

Frasco Zarzales bebía poco vino, y aun en contadas ocasiones, lo cual no impidió que Gastón d'Arsonval, sacudiendo la cabeza, chasqueaba la lengua, como disgustado:

—¡Qué torpeza! Precisamente esta noche... Podría haber esperado a mañana, Bebe mucho, pero confiaba en que al menos esta noche, en vuestro honor...

—¡Es horrible! Dice que soy una tontuela... que me engañó, que quiere rescate... ¡No puede ser! ¡Deben ser extravíos de la embriaguez!

—¿Extravíos? Quizá ha sido él algo duro, pero ¿por qué creéis que os hemos traído aquí?

Cayó ella de rodillas, y el miedo, su desilusión, y el pavor de que apareciera tambaleándose y con mirada de fiera el hombre que acababa de presentarse tan distinto a como ella creyera, hizo que Juana Pereña, tendiendo las manos, suplicara:

—¡Llevadme a casa! ¡Juro pagaros el rescate! ¡Cuanto pidáis! ¡Favor, señor!

Gastón d'Arsonval se atusó el bigote y la perilla, reflexivo.

—Tuve una hija que seguramente al crecer hubiera sido muy parecida a vos—mintió—. Todo Aquiles tiene un punto vulnerable. Acepto enfrentarme mañana con Zarzales. Venid, antes de que me arrepienta. Es de noche y podremos salir de aquí, sin ser vistos.

Juana Pereña, ya agotadas sus energías, sometidas en una sola noche a tan duras pruebas, desplomóse desmayada.

Gastón d'Arsonval, parsimoniosamente, montó a caballo, llevándola abrazada. No existía la mujer para él. Se limitaba a abrazar la prueba más rotunda de que su amistad era para Frasco Zarzales más valiosa que la ilusión pasajera de creer en un amor.

Y por eso, atravesando el secreto paso por entre las traidoras arenas movedizas, Gastón d'Arsonval silbaba.

Dejó de silbar cuando tuvo que vencer con su fuerza, la

repentina huida con la que, recuperada, Juana Pereña intentaba saltar.

—¡Desgraciada de vos!

—¡Quiero morir! — exclamó ella, forcejeando inútilmente por liberase del brazo del belga.

—Bah, bah...—masculló d'Arsonval.— No añadáis un pecado evidentemente mortal, a una necedad evidentemente venial.

—Yo le quería... y vuestro amigo me mintió...—Y puerilmente, rotos los nervios, sollozó.

La noche hacía aun más dificultosa la lenta andadura del caballo por el estrecho paso, sólo conocido por “Pañuelo Negro”, Frasco Zarzales y revelado a ellos dos por Gastón d'Arsonval.

El belga era tan insensible a atracción de la mujer, como al llanto de una enamorada. El amor era para él “rutina prosaica del diario vivir”.

—No lloréis, ¡señorita, total... ¿qué ha pasado? Era natural que para seduciros, Zarzales acudiera limpio, sin beber, y charlando decentemente.

—¡Yo... le odio!

—Bueno, eso nada tiene que ver conmigo y el rescate. Discutamos eso del rescate.

—A mi padre... no le diré que huí. Me es difícil concentrar mis pensamientos. Hablar de dinero, cuando estoy desfallecida y con el corazón destrozado.

—Otras caerán. Os parecéis tanto a mi hija, que a cambio de un juramento, que si no cumplís os llevara al infierno—y yo lo anticiparía con torturas, antes de mataros por faltar a él—renuncio al recate. Yo soy así. Grande y genial. Recuerdo que allá en la licenciosa Venecia, una dama que salvé de situación parecida a la vuestra, me ofreció sus joyas. Pero sin ellas, su escándalo habría trascendido. Galantemente las rehusé. Renuncie, pues, al rescate; si vos olvidáis esta noche. Nunca me habéis conocido. Juradlo por vuestra salvación.

—Lo juro.

—Si habláis de las arenas movedizas, os daré muerte.

—Juro nunca hablar de lo sucedido a nadie, ni a mi propia madre ¡Oh debo el huir de esta pesadilla!

—Pero como no quiero que puedan achacar a mis compañeros,

lo que podéis cometer en momento de extravío, sólo os dejaré en compañía, de algún familiar vuestro, a quien podéis presentarme como acompañante de quien solicitasteis ser conducida a palacio. Os puedo aconsejar. Decid a vuestra madre que quisisteis huir, pero luego os arrepentisteis.

—El conde Ferblanc... habrá dicho ya a mis padres, que yo... desoyendo sus consejos tan nobles... y que ¡mala de mí! rechacé con ofensas, ayudé a... vuestro amigo a raptarme.

—Querida señorita. Me reafirmo en, mi creencia de que toda mujer soñando en Príncipes Azules, tiene escasez de seso, si bien alma bondadosa poco reflexiva.

—¿Por qué... no me conducís al domicilio del conde Ferblanc?

Atusóse d'Arsonval mostacho y perilla.

—¿Por qué no?—admitió.

—El podrá intentar que mi padre me perdone. Y la marquesa de Ferjus es gran amiga de mi madre.

—Puedo llevaros ante el conde Ferblanc. Recordad el infierno, recordar mi promesa de torturaros si hacéis la menor revelación. Callad o inventad si sois apremiada. Y como no me disgusta conocer de cerca al conde Ferblanc, me presentaréis como viajero que os encontrasteis y cuy ayuda solicitasteis.

—¿Por qué... vos que sois tan bondadoso... no inventáis lo que mejor os parezca?—sollozó ella.

—No lloriqueéis más, señorita. Hare también eso, porque os parecéis excesivamente a mi hija. Y bendecid esta desilusión saludable. Haced siempre caso a vuestros padres y os irá mejor en lo sucesivo.

—¡Yo... les pediré perdón...! ¡Seré la mejor de las bijas! ¡Me casaré con quien mi padre me ordene!

—Tregua a los nervios, señorita. Quedan atrás las arenas movedizas, que nunca visteis. Y que sólo quede el ejemplar recuerdo de una saludable desilusión.

Capítulo IV

El Halalí, y la vuelta al redil

—Halalí, claman los cazadores. Y aquí reunidos, estamos cinco buenos cazadores. Considero personalísimo el dar pronto con el paradero y rastro de “Pañuelo Negro”. Vosotros sois libres. Yo soy el coronel Lezama, en Latacunga. Pero para vosotros, soy ahora y siempre el capitán del “Aquilón”, que en el puerto reposa... para que algún día vuelva a ser nuestro hogar... si, como creo, “Pañuelo Negro” es uno de los nuestros. No he invitado a mi hijo Cheij, porque debe reposar quien a boda se prepara, y, además, le place la cama. Nosotros, tenemos la sana costumbre de madrugar... y don Diego duerme a deshoras como las aves nocturnas. Te he convocado también, señor Lucientes, porque parece que estás tú tan deseoso como yo de saber ya quién diantres es “Pañuelo Negro”. Habla el primero, por categoría; ya que luiste él que salvó al “Aquilón”. ¿Estás de acuerdo en que el halalí sea a partir de ahora, vuestra contraseña?

—Pleno acuerdo, hidalgo. Yo tengo una pista y esta vez no la desperdiciaré, ni me sentiré travieso. Palabra.

—Gracias. Habla, don Marcelo.

—Mi perra...—Y el viejo pirata lanzó una ojeada recelosa, para ver si alguno osaba reírse entre los otros tres piratas—...mi perra me ayudará. Olfatea... Tengo ya el pañuelo que fue abandonado sobre el pecho del embajador veneciano. Colasa se ha acostumbrado a olerlo y... y con tu permiso, señor. ¡Esos tres imbéciles se ríen de mi perra!

—Si son imbéciles, talluditos son para que los enmendemos, don Marcelo. Vosotros os reís, gaznápiros, pero yo tengo la idea de que esta perra será la que dará con el rastro. Nada iguala en inteligencia

al instinto animal.

Ufano, “Cien Chirlos” pavoneóse, a la vez que acariciaba la cabeza de la perra, que, en pie, mendigaba atención de su protector.

El Pirata Negro miró ahora a Ambrosio Bustamante:

—Tú formarás pareja con Juan Pérez, y a ver cuál de los dos resulta mejor que “Colasa”. Tú, Lucio Agudo, con don Marcelo. No os tengo que enseñar nada. Recoged los rumores, tratad de averiguar escondrijos posibles, haced cuanto sea, pero quiero verme pronto ante “Pañuelo. Negro”. Podéis ir a desayunar.

Diego Lucientes a mitad del desayuno que compartía con el Pirata Negro, comentó:

—¿Persistes en creer que Cheij...? —Todo es posible, todo puede ser. Atiende a estas realidades: una espada de primer orden, una “F” como marca justiciera, y su primera actuación contra el marqués de Vergara.

—Puede ser Zarzales, que tuviera algo que dirimir con Vergara.

—Puede ser... quien sea. Pero nada hay que consiga alejar de mi pensamiento la idea de que “Pañuelo Negro” es alguien nuestro. Llámalo instinto animal, y de esto último tengo mucho.

A las ocho, Mireya de Ferjus desayunó sola, aunque estaban presentes Lezama y Lucientes.

Unos ladridos furiosos hicieron que Lucientes se aproximara al ventanal para mirar al jardín.

—Es “Colasa”... “Cien Chirlos”, apenas logra contenerla. Parece ansiosa por morder los ijares de un caballo, portador de un jinete, en cuyos brazos va dama de rostro cubierto por velo.

✲ ✲ ✲

Ambrosio Bustamante, en compañía de Juan Pérez, permanecía no muy lejos de donde “Cien Chirlos”, sujetando a su perra por el remate de una larga correa, hablaba con Lucio Agudo.

—Vista, oído y olfato—gruñó “Cien Chirlos”—. Y pocas bromas con “Colasa”. Aquí formamos, pareja de tres para cazar a “Pañuelo Negro”.

—Empieza ya a chochear el compadre, opino yo—dijo el navarro, en voz baja a su compañero—. Parece un ciego con su lazarillo de cuatro patas.

Entraba en el jardín un caballo sobre cuya silla, un jinete enlazaba a una mujer de rostro cubierto por amplio velo.

“Colasa”, ladró desaforadamente, tirando de la correa y saltando hacia el caballo, que se hubiera encabritado a no dominarle con férrea mano Gastón d’Arsonval.

—¡Quieta, quieta!—apaciguó “Cien Chirlos”. Y como para excusar al animal, en cuyo fino olfato cierto olor imperceptible acababa de señalar a Gastón d’Arsonval como poseedor de pañuelos de encajes negros, añadió:

—Estas perras son magníficas guardianas.

Ambrosio Bustamante apretóse las costillas, riendo, porque Juan Pérez, burlonamente, comentaba:

—Están aviados los dos con la perra esa. Los va a volver más locos que chivas, llevándolos por montes y barrancos.

Y alzando la voz, dijo Juanelo:

—¡Sus, don Marcelo! No te dejes escapar al jinete, que la perra ya lo ha calado. ¡Ahí tienes a “Pañuelo Negro”! ¡Sus, y dale azúcar a “Colasa”!

Tanto el navarro como Juanelo, abandonaron apresuradamente el jardín.

“Cien Chirlos” tomó por testigo a Lucio Agudo, que hacía extrañas muecas para no permitir que fueran visibles sus deseos de reír.

—Esos ignorantes se ríen, pero este animal, que lo es mucho menos que ellos... ¡Y que tú, so borrico! Ya dará con el rastro... Ven acá, “Colasa”. Deja ya de querer ir allá. Son visitas para nuestro jefe. ¡Quieta, maldita sea la hora en que te encontré! ¡Calla o te zumbo!

La perra, con los ojos llenos de una expresión de reproche, cesó de ladrar, agachando las orejas y meneando el rabo, al ver que su protector y dador de suculentas pitanzas, alzaba la mano para amagar golpe.

Y dócilmente siguió tras él, que decía:

—La pobre cumplía como guardiana, pero ya estaba formando mucho alboroto. ¿Viste como calló apenas se le ordenó? Son muy listos estos animales.

—Y aunque fueran idiotas, ¿quién no se calla cuando pones tu cara de malas pulgas, y levantas el puño?

—Otro... ¡Otro “increyente”! Mejor. Verás cuando “Colasa” halle el rastro, lo que me voy a reír de vosotros. Y ahora, al trabajo. Tú a

preguntar, yo a escuchar r “Colasa” a olfatear.

* * *

Gastón d’Arsonval, en cuyo brazo apoyábase la mujer de rostro velado, saludó inclinándose cuando en la sala entró Lezama seguido de Lucientes.

—¿El coronel Lezama?

—Yo mismo, a vuestro servicio, señor...

—Gastón d’Arsonval.

—Mi amigo, don Diego Lucientes.

—¡Perdonad, señor conde! — sollozó, bajo el velo, Juana Pereña — ¡Os ofendí, fui necia, fui mala...!

El Pirata Negro arqueó las cejas en el colmo de la sorpresa. Mireya de Ferjus, al oír la voz de la hija del Virrey, acudió presurosa.

—¡Mireya! — gritó, arreciando en sollozos la muchacha.

En el diván, abrazándose a la esposa del Pirata Negro, Juana Pereña apartando el velo, musitó, entrecortadamente.

—No quise que nadie pudiera reconocerte. El caballero Gastón d’Arsonval... a cuya galantería debo el estar aquí... os explicará, conde Ferblanc.

—Serenaos, Juana—solicitó Lezama—, Y vos, Señor d’Arsonval, tened a bien tomar asiento. ¿Puedo serviros manjar o bebida que os apetezca?

—Después, si me reiteráis la amable invitación, conde. Creo que ahora mi deber es explicar lo sucedido. En primer lugar, si aquí traje a la señorita Pereña, fue a ruegos de ella misma, que, al parecer, teme una primera entrevista a solas con su señor padre.

—La amistad que la une con mi esposa, explica tal petición, señor d’Arsonval. Continuad; os agradezco vuestras aclaraciones, ya que no quiero ocultar que la presencia de la señorita es por el instante algo carente de claridad.

—Esta noche, ya avanzada, hará cosa de unas tres horas, volvía yo de amistosa cena con amigos de la ciudad de Riobamba, cuando he aquí que me llamaron la atención no sólo unos sollozos que surgían del colindante bosque, sino una figura femenina solitaria, apoyada en clásica imagen de desconsuelo contra un árbol. Era la señorita Pereña. Yo no tenía aun el honor de conocerla. Ella, al verme, corrió despavorida, pidiéndome auxilio. Y ahora, tal como

he expuesto a la señorita, debo admitir que la narración que me hizo, me resultó desconcertante, pero deber de galante caballero es creer cuanto las damas cuentan. Según contóme la señorita, con abundancia de palabras superfinas, de las cuales hago gracia a mi selecto auditorio, esta noche un audaz desconocido, cuyo nombre no ha revelado, pero que a todas luces, por lo que luego añadió, debe ser bandolero perseguido, la raptó, Y en las cercanías de aquel bosque, el fementido felón raptor, la hizo apearse, conminándola a que no se moviera, mientras él avanzaba en exploración, ya que le parecía oír rumor como de próxima emboscada. El caso es que prolongándose la ausencia, y no atreviéndose ella a huir, temiendo a la noche y al bandido, empezaba a perder el poco valor que era natural conservara doncella en tal trance, cuando aparecí yo. Me ha exigido la señorita juramento de que fuera de esta sala, olvide lo sucedido. Y cumplo siempre mis juramentos, que todo galante caballero, en hecho como el sucedido, considera sagrados, ya que el escándalo podría injustamente dañar la acrisolada nombradía de una doncella.

Y Gastón d'Arsonval, habiendo defendido con sus invenciones el buen nombre de Frasco Zarzales, respiró satisfecho al terminar su relato.

Juana Pereña, sinceramente deseosa de que para siempre quedara secreta su desilusión de aquella noche que empezó en sueño romántico, para terminar en pesadilla de la que ahora le parecía despertar, añadió, vehemente:

—¡Todo ocurrió así, conde Ferblanc!

—Entonces, escaso ha sido el daño, Juana. Continuad calmándoos, en compañía de mi esposa, quien os notificará algo que no dudo os agradará y que ella supo ingeniar. Dejemos a las damas a solas, señor d'Arsonval, y si no tenéis inconveniente, con sumo agrado tomaremos una colación.

En el comedor, el belga bebió gustoso el café y paladeó el recio brandy inglés.

—Vuestro español es correctísimo y elocuente, señor d'Arsonval, pero vuestro apellido y nombre, seguramente serán oriundos de Francia.

—De Flandes, conde.

—Se adivina en vos al hombre de armas, señor d'Arsonval.

—Milité en muchos estandartes, y por muchos campos de batalla.

—¿Os place Latacunga?

—No resido en ella. Estoy de tránsito. Tengo entendido que en la costa del Yucatán, hay oportunidades para un capitán mercenario.

—Seguramente. No obstante, yo creo que si quisierais, el Virrey os podría dar el mando de una compañía de las que efectúan incursiones al interior.

—Agradezco la indicación, conde, pero parecería que habiendo decidido el Azar fue en casual intervención pudiera favorecer con baladí ayuda a su hija, pretendiera yo imponer mi presencia a esta señorita, en busca de recompensa.

—Sentimiento y delicadeza que os honran, capitán d'Arsonval.

—Tal grado sólo lo ostenté en Flandes, Koenigsberg y la llanura húngara. Aquí sor simplemente un viajero, que agradece vuestro recibimiento. Y también, tenía curiosidad por veros. Os aureola una fama que trasciende allende los mares.

—Soy tan orgulloso, señor d'Arsonval, que no tengo vanidad. Puedo, pues, afirmar que mi buena estrella me favoreció, y el clamor popular exageró los hechos. Si pensáis permanecer algún tiempo por aquí, con sumo agrado quisiera contaros como visita gratísima. Vuestro comportamiento es el natural en todo caballero, pero pocos son los que se resistirán a obtener la gratitud de la hija de un Virrey.

—¿Qué hice en suma? Estar cabalgando de noche, tener un caballo, y acompañar a una dama hasta aquí.

—Vuestra providencial llegada evitó que el desconocido raptor lograra su propósito. ¿Os parece poco?

—Si así lo presentáis, parece mucho.

Se puso d'Arsonval en pie, porque Diego Lucientes, reprimiendo un bostezo, levantábase.

—Excusadme. No he dormido. Muy honrado en haberos conocido, señor d'Arsonval. Y espero tener el placer de volveros a ver.

—Lo mismo digo.

A solas con el Pirata Negro, el belga, inició la despedida:

—Imitaré a vuestro amigo el señor Lucientes. Y aprovechando la invitación, antes de partir de la ciudad os rendiré visita.

—En nombre de la hija del Virrey os doy mi más sincero testimonio de gratitud. Porque por razones especiales, la desaparición de la señorita Pereña, me inquietaba. Cuento, pues señor d'Arsonval, con vuestra pronta visita. Y en cuanto pueda serviros no vaciléis. Ya que, también el Azar me permite ocupar cargo relacionad con vuestras aptitudes, me gustaría seros útil.

El belga atusóse mostacho y perilla.

—¿Me toleráis una pregunta que os parecerá extraña?

—No sólo la tolero, sino que la acogeré amistosamente.

—Vos y yo somos hombres maduros. He cumplido los cuarenta. Me tengo por discreto y ofensivo. Sería dudar de tal cualidad en vos. Simplemente, a título de charla entre caballeros, ¿no os parece extraña la narración de señorita Pereña?

—Es posible que el bandolero, para no entorpecer sus movimientos, si presentía peligro, la dejara a solas en el bosque, sabedor de que por mujer ella no se movería.

—No insistiré, pero hay puntos obscuros. ¿Era bandolero quien la raptó? ¿No pudo ser un enamorado galán, y ella arrepentirse? Las damitas tienen extrañas reacciones. En fin, conde Ferblanc, para mí no ha existido lo sucedido esta noche, y sólo me resta la realidad de que os conozco, honor que podré relatar.

—Ahora soy yo quien os suplica escuchéis dos preguntas.

—De antemano vuestro incondicional interlocutor.

—¿Os ofendería el ofrecimiento de un buen caballo, dos pistolas inmejorables y una espada del más puro acero toledano?

—Ofertas que todo caballero acepta honradísimo.

—La segunda pregunta es: ¿Tendríais a bien decirme si habéis oído hablar de “Pañuelo Negro”?

El belga no se inmutó. Parsimoniosamente, asintió replicando:

—¿Quién no?

—Ofrecen recompensa.

—Crecida.

—Parte de ella podría ser vuestra.

—¿Cómo?

—Indicando en qué lugar recogisteis a la hija del Virrey.

—¿Por qué?

—Tengo barruntos de que el audaz desconocido era “Pañuelo Negro” o un cómplice.

—Os confesaré que por mi juramento, he olvidado cuanto ha sucedido esta noche. Y si aquel lugar es cercano a donde ronda “Pañuelo Negro”, lamento comunicaros que seguirá siendo un secreto, porque Juana Pereña, a causa de la noche, su natural temor, y su falta de sentido de orientación, cierto estoy de que no tiene la menor idea..

—Pero vos, sí.

—Vos sois el conde Ferblanc... y de hombre a hombre... ¿no os asquean los delatores?

Espontáneamente, el Pirata Negro tendió la diestra.



...¿No os asquean los delatores?...

—Chocad, d’Arsonval. Vuestra sinceridad vale la mía. ¿Sabéis que es algo imprudente vuestra franqueza?

—Las franquezas sólo son imprudentes ante los que no son

dignos de ellas, Lezama.

—Os pagaré con la misma moneda d’Arsonval. —Y de pronto, el Pirata Negro rió jovialmente—. Sois digno de mi franqueza. Excusad la comparación, pero es expresiva. Conozco lo defectos de un caballo a veinte paso de distancia, y tengo la ingenuidad a mis años, de guiarme por el instinto. Vos… ¡sois mucho más de lo que aparentáis ser d’Arsonval!

—Elogio que me colma, Lezama.

—Por instinto, confío en vos y, a la vez, desconfío. Más explícitamente: ¿Quién de los dos encubre algo ¿Vos o la hija del Virrey?

—Seguramente, ella.

—¿No os enoja mi franqueza? Puede ser simple recelo infundado, per os debo confesar que los dedos se me antojan huéspedes, desde la aparición do “Pañuelo Negro”.

—¿Es enemigo vuestro?

—No… y sí. No, porque castigó quien abusó de mi deseo de un hogar pacífico, y sí, porque persiste en ir intrigarme. En fin, no hagáis mucho caso. Probablemente, vos no tenéis la menor idea de quién es “Pañuelo Negro” y realmente el Azar os ha hecho intervenir. Y será ella, la que ocultará algo, que a vos mismo os llamó la atención, y eso, que al parecer ignoráis los antecedentes del rapto. Me complace vuestra compañía d’Arsonval. ¿No os quito tiempo, soy importuno?

—Me complace vuestra compañía Lezama.

—La hija del Virrey no fue raptada. Tened en cuenta que como raramente acostumbro, deposito en vos ya mi confianza, sino el secreto de mui dama. Lo hago, porque sé… que puedo hacerlo. La hija del Virrey creyó amar a un aventurero simpático y cuando esta misma noche quise evitar que éste se fuera sin decirme quién es “Pañuelo Negro”, fui inmovilizado por la pistola que la propia Juana empuñaba. Partió de muy buen grado con él. ¿Cómo, pues, establecer relación lógica entre su marcha voluntaria, y el encuentro solitario que con vos al parecer tuvo?

—Supongamos que el aventurero la desilusionó.

—No creo que en varias horas un hombre experto en amores, desilusione.

—Amor que en un minuto nace, en un segundo puede morir.

—Posible. Bien, d'Arsonval… Sería factible también que el Azar pusiera en vuestro camino viajero, a un individuo que deseo vehementemente volver a ver. Se llama Frasco Zarzales.

—¿Frasco Zarzales?—fingió meditar el belga, atusándose la perilla y mostacho con su habitual manotazo zurdo—. No os miento, si os aseguro que me suena mucho este nombre.

—Arete de oro en la oreja, alto, joven, fuerte, elástico, primerísima espada, negros cabellos rizosos, fino bigote y crespa barbita. Pero lo delatan unos ojos, verdes de fulgor cambiante, felino.

—Indudablemente, es reconocible por esta descripción. Si en mi camino le tropezara, ¿qué queréis que le diga?

—Que no olvide su palabra. Tenemos un diálogo que continuar. Y que al transcurso de siete días, me consideraré estúpido, por haber confiado en él. En fin, no será tan propicio el Azar que os permita tropezar con él.

—Me es propicio el Azar. ¿Deseáis algo más, Lezama?

—Qué la próxima vez que os vea, sea pronto. Ignoro por qué, pero hace tiempo que no trataba con quien, como vos, me produjera la sensación de hallarme ante un inteligente espíritu libre… poseedor de la mayor habilidad, que consiste en saber disimular su habilidad.

—Nuevo elogio que me colma, por proceder de vos.

Y ambos miráronse, seriamente, pero rientes los ojos.

—Ponedme a los pies de vuestra esposa, conde Ferblanc. Tengo entendido que es dechado de esposas y la más amante de las madres.

—Así es, señor d'Arsonval. ¿Quién os habló de Mireya?

—Allá en Francia. Un viejo preceptor.

—Soy sensible a todo elogio que de Mireya se haga, cuando como en vos, se percibe sincero y sin hábito. No quiero ocultaros que si hoy soy el coronel Lezama, y mi velero reposa anclado, es porque este hogar ha de ser el que ampare la nueva unión de mi esposa y nuestro hijo Humberto.

—Los hijos dan siempre quebraderos de cabeza, ¿no, señor conde?

—Cierto. Pero también producen emociones nuevas, para quienes ya hemos gustado de todas las posibles alteraciones

sentimentales, ¿Sois casado, señor d'Arsonval?

—Aun no, y empiezo a desconfiar. Soy muy egoísta y profeso la teoría de renunciar a dulces felicidades para evitarme las contrapartidas. No abuso más de vuestro tiempo, conde Ferblanc. La vuelta al redil de una oveja descarriada, sella nuestro mutuo conocimiento. Quizá algún día, en el futuro, recordemos esta semblanza.

Saludó el belga, y poco después, salía. Carlos Lezama, contemplando al jinete que se alejaba, tenía fruncido el entrecejo.

Era aquel el segundo hombre que en el corto lapso de una noche y un principio de día, le inspiraba simpatía... y, a la vez, recelo.

Cuando entró en la sala donde se hallaban Mireya y Juana Pereña, ésta abalanzóse, estrechándose en abrazo convulsivo contra él.

—¡Sois el más noble de los caballeros, conde Ferblanc! Vuestra esposa, me ha explicado que aceptasteis no decir nada al Virrey...

—Mireya lo arregló todo, niña. Y ahora, si me tienes aprecio, dime: ¿quién miente de los dos? ¿Tú o d'Arsonval?

Ella, separada, mostró una repentina palidez y sus labios temblaron. Mireya, sonriente, trató de intervenir:

—Comprende a nuestro ídolo, Juana. Sueña con pañuelos negros, y desearía conocer la guarida de Frasco Zarzales.

—Seré ingrata, será mala... pero, ¡por favor, conde Ferblanc!... No me preguntéis nada. El caballero d'Arsonval no mintió... Le mentí. Lo sucedido esta noche quiero olvidarlo lo más pronto posible.

—¿Frasco Zarzales cometió alguna indelicadeza contigo?

—No. Ninguna... Me desilusionó... O, mejor dicho, yo soy una mema una tontuela, que sueña sin hallar... ¡Me casaré con quien hoy mismo mi padre diga!

Sonrió el Pirata Negro:

—¿No querrás que te llame mema y tontuela, verdad?

—¡No!

—Entonces, tan absurdo es que huyeras con Zarzales, como ahora prometas acatar la epístola de San Pablo con el primer varoncete que te propongan.

—¿Me perdonáis que... pretendiera hacer que me obedecierais con una pistola?

—Más obedezco a pistola empuñada en mujer nerviosa, que a cañón servido por hombre avezado. ¿Hacemos un trato, niña? Tú, yo y d'Arsonval juramos olvidar esta noche y no hacernos preguntas molestas.

—Sois tan bueno que...

—No, Juana—interrumpió, riendo Mireya—. Nuestro ídolo detesta que le hagan saber que tiene un corazón oceánico. Vete a desayunar, y cuando termines, te acompañaré a tu casa, tu padre, no le extrañará este pronto regreso.

Salió ella, después de abrazar a Mireya.

El Pirata Negro miró interrogante a su esposa:

—¿Qué es eso de nuestro ídolo?

—No tengo celos, pero si Juana sueña en románticos raptos, es porque le pareces la figura del héroe soñado. Lo he deducido. Y lo creo, Carlos.

—Elogio que me colma por proceder de vos—sonrió Lezama, inclinándose y remedando a d'Arsonval—Hasta después, realidad de un sueño que nunca se desvanece.

Capitulo V

“El mesón del viajero”

Salió Lezama para disponerse a efectuar su diaria cabalgada. Detúvose sorprendido y colérico al divisar a Diego Lucientes, que, silbando entre dientes, parecía en la terraza aspirar a pleno pulmón el aire,

—Tate. Pero vamos a ver, sí aclaro un punto muy confuso amigo.

—Aclaremos—replicó Lucientes, dejando de silbar.

—Mientras yo hablaba en tu presencia con d’Arsonval, ¿tú me guiñaste sí o no, el párpado izquierdo?

—Guiñé.

—Como estoy ya desengañado y sé que con ello no pretendías entablar conmigo uno de tus amoríos, deduje, pues, que el tal parpadeo y el movimiento de tu pulgar ante la boca, significaba lo que en nuestro código pirata, diría en palabras: “Veo algo raro en este compadre. Entretenlo, mientras yo finjo largarme”.

—Eso dije, con el párpado y el pulgar.

—Entonces, ¿qué estás haciendo aquí? Generalmente, al gesto y a la ausencia, seguía un paseo tras la pista del sospéchelo.

—Eso es.

—Vayamos por parles, porque no es novedad mi dilema siempre renovado ante ti. ¿Hay que enjaularte con un cencerro al cuello o dejarte por imposible?

—Lo que pasa, es que de tan listo que soy, me asusto yo mismo. Voy a ser yo, el que por partes ande. Tanto discutir de la perra, del olfato, y todo eso, pues empecé yo alzar las orejas, y poner la pata tiesa, cuando vi a la “Colasa” tan empeñada en querer saludar al jinete recién llegadlo. Después... la historieta de d’Arsonval, no

acabó de llenarme el buche.

—Habla más finamente, que no estás en la bodega.

—Es verdad. Pues bien, señor conde: me pareció observar ciertos puntos penumbrosos en la narración del caballero d’Arsonval, conocedor, como soy, de lo que precedió al supuesto rapto. Y por último, instintivamente, d’Arsonval se me antojó con mucha personalidad encubierta.

—Tres conclusiones a las que también llegué yo.

—Maestro y discípulo coincidimos, pues.

—No coincido en verte aquí. D’Arsonval estará ya muy lejos. Yo no tengo más que sospechas de todos, pero ninguna prueba tenía para atacar de frente a d’Arsonval, aunque le he advertido que estoy en circunstancias en que veo sospechosos por doquier. Me placía pensar que tú lograrías pegar la hebra con él y saber dónde se hospeda.

—Hice algo mejor Para que no me diera esquinazo, le he colocado un perdiguero infalible. Un pastorcillo que viene a la ciudad todas las madrugadas a vender los productos honestos que extrae de ubres vacunas y caprinas. ¿Se llaman así las ubres de cabra, verdad?

—Siendo de tu ramo, deberías saberlo.

—Yo estaré como una cabra, pero más puede el loco en locuras, que el sensato en chirigotas. Bien; este pastorcillo me ayudó una madrugada en que yo, algo lastrado de zumo de vid, vagabundeaba por el campo buscando algo, sin saber lo que era. Hicimos amistad. Es ingenuo, y se llama José, aunque prefiere que le diga "Trompetilla”, porque tiene nariz respingona y sabe todos los rumores camperos, cosa útil para mi labor de crónicas. Todas las mañanas, terminada su venta, viene a traerme quesos frescos y otras cosas, además de rumores. Es una ardilla, y signe una pista cómo él solo. Tiene un mulo corretón, y no desconfiará d’Arsonval de un ingenuo pastorcillo. Así sabré yo dónde se aloja, y casualmente me asomaré.

—Bien. A veces engañas, don Diego. Eso te pasa por esforzarte en parecer un truhán, para quien todo es juego.

—Gracias, coronel, por tomarme en serio alguna que otra vez. Ya te comunicaré las novedades.

Pero Diego Lucientes ignoraba que iba a tardar días en volver a

ver al Pirata Negro.

Mediado el día, un muchachito vistiendo largo blusón azul, pantalón corto y zuecos repletos de paja, descabalgó de un mulo recio, para solicitar ver a don Diego Lucientes.

Y, poco después, José, el pastorcillo, explicaba, ufano:

—Seguí al caballero, clon Diego... Como su caballo era noble y mi mulo es resabiado, le perdí a ratos la grupa. Pero desde lejos le fui viendo. Y por fin hizo alto en una colina donde hay un mesón, de poca clientela y menos alcurnia. Allí se apeó, dieron pienso al caballo, y él sentóse a comer con un hombre de ojos verdes, arete de oro en la oreja, y que parecía poco contento...

—“Trompetilla”, te has ganado este doblón de oro... ¡Muchacho! ¿Es que vas a perder el sentido? No es falsa moneda. Es que tu informe vale mucho. ¿Cómo se llama el mesón?

—El “Mesón del Viajero”. No tiene pérdida. Su dueño se llama Andrés Cañizares, y según se sale por la carretera de Riobamba, pues...

—Tú me servirás de guía hasta cerca.

—Nuestra corralera está a dos leguas del mesón. Es, pues, mi camino, don Diego.

—¡En marcha, “Trompetilla”! ¡Yo voy a vencer a “Colasa”! Tengo ya las narices dilatadas, ¿te das cuenta?.. Huelo aires de misterio, intriga y aventura.

* * *

Andrés Cañizares estaba ya resignado a los modales de sus dos únicos huéspedes. El del cabello castaño le recordaba continuamente, entre relatos estrambóticos, que le cortaría el cuello si hablaba de la misteriosa permanencia en su mesón, desde hacía dos semanas, de dos viajeros cuyas ausencias solían durar la noche entera.

Se resignaba a ver de cuando en cuando aparecer entre las manos de Gastón d’Arsonval un pañuelo de negros encajes. Recibía a diario una cantidad equivalente a la que percibiría por alojar diez generosos clientes...

Eran las siete de la tarde, hora en que los dos solían bajar de sus alcobas para cenar y partir hacia ignorados rumbos, en los que Andrés Cañizares no quería ni pensar siquiera...

Pero aquel día sólo descendió Gastón d’Arsonval, que acodóse en

el mostrador de la única sala del mesón.

—Mi buen Andresillo: ya que mi caballero amigo prefiere hoy conservar el más cerrado de los mutismos, y mi perspicacia le imita, vengo a desfogarme contigo. Eres el más ameno de los conversadores, porque no sueltas palabra y escuchas atentamente. Y te he advertido ya, mi buen Andresillo, que no debes mirarme asustado. Yo sólo te cortaré el cuello, después de extraerte los riñones para asarlos, posterior operación cirujana a un corte de tu oreja siniestra, con ruego de que la frías y la saborees, en el caso improbable de que premiaras el honor de tenerme por huésped, diciéndoselo a alguien, con comentarios capciosos. Respira, pues, tranquilo...

El mesonero abrió por dos; veces la boca, como pez fuera del agua.

—Hay síntomas de que deseas hablar, mi buen Andresillo. Profunda y con moraleja será tu frase, ya que quien poco habla, mucho dice.

—¡Yo, caballero..., vivo con el alma en un hilo!

—Metáfora que no acepto, mi buen Andresillo. El alma no tiene corporeidad. Menos, pues, hilos. Pero mi natural generoso se inclina a la benevolencia y te acepto el símil. ¿Qué suspende y encoge tu ánimo?

—¡Sabrán... que... llevabais pañuelo negro, y... que lo callé!

—¿Quiénes son los que sabrán?

—Algún día..., cuando os cojan, a vos y a vuestro amigo.

—Mi buen Andresillo, desmientes el refrán, que coloca sentenciosas máximas en los poco habladores. ¡Insensato! Te acabas de jugar la vida, los riñones, las orejas y el cuello, en una sola pieza. ¿Cómo osas ni siquiera imaginar que nadie pueda cogerme a mí? Olvida esa monstruosidad. Si uso pañuelos negros con encajes, es porque llevo luto de afectos. Bueno, bueno... Cálmate, mi buen Andresillo... Y para que no se melle la confianza en mí, voy a contarte lo que me sucedió en la isla siciliana, hace tres años. Aun hablarán de mí... Había por la costa un velero pirata de feroces argelinos. Eran muchos, crueles y desalmados. Había también un valón, mi enemigo racial, que me desafió a que solo, tras un cañón, permaneciera cerrando el paso que era de acceso obligatorio a la nave pirata. Ahí me tienes, sentado tras el cañón, en espera que

prolongaba la vida de los argelinos, cuando éstos aparecieron un amanecer, orgullosos de su nave. Bien… Procura darte cuenta del escenario. La nave, a unas veinte millas, no abultaba más que un guisante. Yo sólo disponía de un cañón que tenía por alcance dos millas, con tiro efectivo a la milla, y caída blanda más allá. ¿Qué hubieras hecho tú, mi buen Andresillo?

El mesonero trató de hacer ver que pensaba.

—No discutas. Habrías huido. O habrías disparado, cuando el velero estuviera a tiro de bala. Yo, flameando al aire mi acero, me introduje por la boca del cañón, los pies primero. Encendí la yesca, cuando el velero distaba exactamente dos millas. Con una mano me así el chambergo para evitar que volase… Fue algo sublime, nunca visto. Apliqué el fuego, y el cañón, con rugido de ira, me lanzó al espacio… Estaba encañonado con una precisión de gran artillero. Pásmate, mi buen Andresillo, que la cosa no es para menos. Tan pasmados estaban también los argelinos al verme caer de pie, blandamente, sobre cubierta, espada en mano y firme el chambergo… Aproveché la sorpresa, factor primordial en todo ataque triunfante, para ir derribando a estocadas y golpes de daga a cuantos podía. Cayó un centenar de piratas, pero ya iban los otros recuperándose del estupor… Salté entonces hacia el obenque, dispuesto a tomar posesión del velero, gracias a mi audacia… Y entonces otro centenar de piratas argelinos lanzóse en tromba, y yo… Bueno, otro día terminaré, mi buen Andresillo, que me espera el caballero. Para calmar tu ansiedad te diré tan sólo que, pese a todo, salí con vida, aunque pueda parecerte extraño.

Gastón d’Arsonval fue a sentarse junto a la mesa donde le aguardaba Frasco Zarzales.

—Empiezo a olvidar la mirada de repulsión con que huyó ella de mi lado, Gastón.

—Mañana olvidarás el color de sus ojos, y pasado, su nombre. ¿Puedo ya darte mis noticias?

—Sí. ¿Por qué no están nuestros caballos esperando?

—No salimos.

—Todas las noches tenemos que ir allí.

—Ésta, no. Hay seguramente quien seguiría nuestros pasos y nos vería penetrar en la barrancada que lleva a las arenas.

—¿Espía?

—No sé si calificarlo así. Esta mañana devolví la oveja descarriada al redil; pero, a petición de la interesada, el redil era el domicilio del conde Ferblanc.

—¿Lo has conocido?

—Hemos charlado, sondeando nuestras capacidades. El cuento que, salvaguardándote, relaté, no le convenció plenamente. No era de esos que cuento a los prosaicos, para que se escarben el seso pensando si me burlo de ellos o soy un fanfarrón. Pero Lezama no es un párvulo.

—Fue algo osado meterte en su casa. Puede relacionarte conmigo y “Pañuelo Negro”

—Tú y yo necesitamos un poco de movimiento. El caso es que asistió a nuestra entrevista tu amigo de horas, don Diego Lucientes.

—Simpático sujeto, ¿verdad?

—Ocasión no tuve de comprobarlo; pero basta que tú lo estimes así. Le capté un gesto especial, un parpadeo, un mover el pulgar..., y se retiró. El gesto iba destinado a Lezama, y éste me entretuvo. Por el camino de venida hacia acá, miré sin mirar, como tengo por costumbre, para ver si alguien me seguía. No vi a nadie, pero no creo que Diego Lucientes sea tan torpe que me siguiera, haciéndose visible. Es también de esperar que intente seguirnos si ahora salimos.

—No le creo delator.

—El conde Ferblanc me indicó que si el Azar me hacía conocer a Frasco Zarzales, le recordara que antes de siete días, a partir de anoche, cree en su palabra de reanudar un diálogo interrumpido. Prurito de espada. También tiene el conde Ferblanc prurito de desenmascarar a “Pañuelo Negro"', como éste lo tiene de convertirse en la pesadilla del conde Ferblanc. Nosotros, como Lucientes, somos ajenos a estos pruritos entre el león... y nuestro aliado. Si se provenía el pelirrojo, trataremos de acomodarnos al terreno que él pise. Pero no hay une olvidar que, por encima de simpatías, tenemos la obligación de conservar secreta la personalidad de “Pañuelo Negro”. Y... ¿cómo es el refrán castellano, capitán Zarzales? “En hablando del ruin de Roma, helo por do asoma...”. No es necesario que te vuelvas, porque te anuncio que don Diego Lucientes acaba de entrar, y con ancha sonrisa hacia nosotros se dirige. Hacia nosotros, porque nadie más hay aquí dentro.

—Al menos es de los que van rectos al bulto.

Capítulo VI

Recto y al bulto...

—Buenos sean les crepúsculos que reúnan a los viajeros en el mesón para ellos acomodado—saludó Lucientes.

Gastón d'Arsonval levantóse, destocándose el chambergo.

—Buenas noches, señor Lucientes. Aceptad la modestia de mi mesa... ¿Conocéis al capitán Frasco Zarzales?

—Tuve ese inconmensurable alegrón. Hola, Frasco. Aquí estoy. Y aquí me siento, gracias a la amable invitación del señor d'Arsonval. ¿El Azar os ha vuelto a favorecer, señor d'Arsonval, colocándoos en el camino del capitán Zarzales?

—El Azar rige al mundo, señor Lucientes. Creo que este mesón tiene escaso surtido de vinos finos.

—No importa. El tinto más peleón se convierte en vuestra compañía en néctar añejo.

—¡Andresillo!—gritó d'Arsonval— El mejor de tus barriles, abierta la espita, para servir al señor, nuestro invitado. Bien, señor Lucientes. Vos diréis a qué debo el grato honor de veros.

—El Azar—sonrió Lucientes—. En realidad, no vine a verte, Frasco, pero puesto que yendo en pos del señor d'Arsonval aquí te encuentro, seguramente recordarás tu promesa.

—Sí.

—¿Os di mi dirección, señor Lucientes?

—No tal. Me la agencié.

—Ah... ¿Me es lícito inquirir cómo?

—Siguiendo vuestra pista.

—Ah... ¿Me consentís que aluda a la diferencia horaria que media entre mi llegada y la vuestra?

—Un momento—y alzó Zarzales los dos brazos— ¿Te gusta,

Diego, la fórmula de "recto y al bulto”?

—Contigo, si.

—Pues adóptala con d’Arsonval, porque es mejor que yo, tiene más experiencia, más clase y es mejor espada. Palabra de Zarzales.

—Si la sinceridad del capitán Zarzales es temeraria, lo temerario me encanta—dijo, con su habitual parsimonia, el belga—, ¿Qué entendéis vos, Lucientes, por “recto y al bulto”? No estoy muy familiarizado con las expresiones populares del idioma castellano, tan rico en giros.

—Significa la ingenuidad, poco común, de hablar lisa y llanamente, haciendo todo lo posible para que la palabra se adapte al propio pensamiento.

—Debe ser agradable—admitió d’Arsonval—. ¿Quién empieza?

—Yo...—dijo Zarzales—. Prometí a. Lucientes por su ayuda en llegar al corazón de la hija del Virrey, revelarle quién era “Pañuelo Negro”. A escucharlo ha venido Diego.

—¡Magnífico!—aprobó el madrileño, apurando el jarro.

Lo depositó vacío, sin demostrar sorpresa por la réplica del belga.

—Recto y al bulto, capitán Zarzales, te reprocho haber dispuesto de un secreto que nos pertenece a tres. Por mí, no hay impedimento. Pero ¿y “Pañuelo Negro”? La publicación del edicto del Virrey, condenando a muerte a nuestro aliado, y a sus cómplices, nos coloca ante una grave disyuntiva: creo que tanto nuestro amigo, como yo, antes que morir en el cadalso por un embajador veneciano de menos, preferiríamos matar en noble lucha al que pudiera revelar nuestra identidad.

—Respondo de Diego Lucientes, Gastón.

—Le conociste anoche.

—Razón tiene d’Arsonval—intervino Lucientes—. Recto y al bulto, d’Arsonval. No acepto que Zarzales responda por mí. Quiero que vos, sin rémoras de conciencia, lo hagáis. No soy un delator.

—Yo llegué al mediodía aquí. Vos, ahora. De entonces acá, ¿dónde estuvisteis?

—Un pastorcillo os siguió. Ignora quiénes sois ni tiene el menor atisbo de que venga yo a levantar pañuelos negros. Regresó cuando vos empezasteis a almorzar con Zarzales. Vino a comunicármelo, y explicada queda la diferencia de horas.

—¿Lo comunicasteis al conde Ferblanc?

—A nadie. Es asunto personal. Me creían “Pañuelo Negro”, y primero me hizo tilín, pero luego me reventó.

—Ahora ya sabéis que el capitán Zarzales y yo somos los dos aliados de “Pañuelo Negro”.

—Enhorabuena. Y ahora, tú, Frasco, cumplirás tu promesa.

—Relevado queda—atajó d’Arsonval.

Una amistad de cinco años azarosos había hecho que Gastón d’Arsonval diera por seguro que Zarzales nunca sentiría amistad por otro. Y la repentina simpatía mutua que adivinaba entre Lucientes y el sevillano suscitaba en él un viril sentimiento celoso.

—¿Relevado?—inquirió Lucientes, a quien empezaba a molestar la injerencia del belga.

—Juana Pereña nada representó para el capitán Zarzales, y...

—Perdona, Gastón—cortó el aludido—. Sólo Lucientes puede relevarme de mi promesa. Lo único que te ruego, Diego, es que, si hemos de ser grandes amigos, como espero, me permitas consultar con “Pañuelo Negro”. Sabré convencerle de que no hay peligro en revelarte quién es.

—Me opongo—dijo d’Arsonval.

—¿Por qué?—preguntó Zarzales.

—Recto y al bulto..., ¡por esto!— y señaló d’Arsonval el jarro que por segunda vez acababa de vaciar Lucientes.

—Recto y al bulto...—rezongó el madrileño—. Creo que me llamáis borrachín que no sabe catarlo, y es capaz de revelar ajenos secretos, señor d’Arsonval.

—Yo estimo que, por una simple curiosidad, no puedo ponerse en peligro un plan tan meticulosamente elaborado por nuestro tercer aliado. No os ofendáis... Por cierto, olvidaba que hemos prometido ir rectos y sin ambages. Si os ofendéis, me tiene completamente sin cuidado.

—¡Gastón!—exclamó Zarzales, sorprendido—. Diego ha de ser amigo nuestro. No le provoques.

—No provoco, sino que especifico que no puede quedar al libre albedrío de un bebedor inveterado el secreto que pertenece a un tercero.

—Puesto a pensar mal, d’Arsonval, no deberíais dejarme partir de aquí, porque puedo cantar por las calles, de Latacunga que vos y

Frasco Zarzales sois los dos aliados de “Pañuelo Negro”.

Atusóse d’Arsonval mostacho y perilla. Su carácter era agresivo, aunque por su exterior pareciera calmoso y dotado de gran parsimonia.

—Creo habéis obrado como tenéis por costumbre, Lucientes. Impremeditadamente. No os acuso de delator. Me limito tan sólo a afirmaros que no regresaréis a Latacunga… por bastante tiempo.

—¿Sí?—Y, en pie, echó Lucientes hacia atrás el escabel en que se sentaba, y, enrojecida su cicatriz frontal, miró al belga. —¿Pensáis vos impedírmelo?

—Con más facilidad que vos evitarlo.

—Me desagrada enormemente vuestra actitud, d’Arsonval—dijo Lucientes, mordiendo las palabras—. Os comportáis exactamente, igual como si, en vez de ser yo, fuera un corchete o un esbirro de la ley quien os visitara.

Frasco Zarzales, ante la postura de los dos, que claramente era retadora, decidió abstenerse. Su intervención hubiera sido contraria al código libre de los que si con razones no llegan a un, acuerdo, acuden a las armas.

Limitóse, pues, a decir:

—A ser posible, evitad la pelea, amigos míos. No debemos olvidar que nuestras energías merecen mejores causas. Somos capitanes de fortuna. Diego Lucientes es de los nuestros, Gastón.

—Personalmente no siento antipatía ni simpatía por tu nuevo amigo, Frasco, Quiero tan sólo recalcar que no consiento que un secreto que pertenece también a tercero, el cual es el principal interesado, quede al albur de cualquier imprudencia. Vos, señor pelirrojo, poseeréis cualidades que desconozco y que no pongo en duda. Pero también poseéis un concepto extremadamente ligero de cuantos acontecimientos hay que afrontar con seriedad.

—No nos andemos por las ramas, d’Arsonval. Vos afirmáis que libremente no saldré de aquí ni regresaré a Latacunga. Y esto hay que mantenerlo, sólo de una manera. Espada en mano. Ya no me interesa, por el instante, saber quién pueda ser el dichoso encubierto con negros pañuelos… Me interesa únicamente ver cómo sostenéis el reto que me habéis lanzado, ya que me disgustan los autoritarios consejos y las imposiciones.

—Estoy a vuestra entera disposición, caballero…—saludó

d’Arsonval, haciendo un gesto amplio—. La sala es nuestra. Tan sólo me permito una advertencia. Me propongo dejaros inutilizado el suficiente tiempo para que, permaneciendo donde os imponga, dejéis de ser para mí un posible indiscreto.

—¡Basta ya, d’Arsonval¡—exclamó, encolerizado, Lucientes—. Ya veremos quién inutiliza a quién. Vine en son de amistad, y habéis logrado hacerme perder los estribos. Yo podré ser inconsecuente, irreflexivo y borrachín, pero no sois vos quién para echármelo en cara.

Saliendo de detrás de la mesa, Diego Lucientes desenvainó. Y cuando Gastón d’Arsonval le imitaba, se interpuso entre ambos Frasco Zarzales.

—¿Para qué poner en peligro la vida do un valiente? El principal culpable soy yo. ¿Querías saber quién es “Pañuelo Negro”? Es un capitán de fortuna, como nosotros. Uno de los más famosos. ¡El capitán Roberts!

Diego Lucientes, en el colmo de la sorpresa, olvidó su querella con d’Arsonval. La mención del apellido del famosísimo pirata, de quien tantas rarezas contábanse, le sumía en estupor,

¿“Pañuelo Negro” el capitán Roberts?

—Comprende, pues, d’Arsonval, que aunque por imprudencia, que sé no cometerá, Lucientes revelara la personalidad de “Pañuelo Negro”, aun mayor renombre adquiriría. Lo esencial es que nadie sabe el lugar dónde se oculta. No peleéis, pues, amigos míos. Para disipar este momento de peligro, cada uno de nosotros, entre copa y copa, evocará la original existencia del capitán Roberts.

Capítulo VII

El capitán Roberts

Corría el año 1713. Un hermoso día del mes de julio, la fragata “Princess” surcaba, majestuosa, las encrespadas aguas del Océano Atlántico, mostrando su elevada arboladura y su hinchado velamen.

La fragata, “Princess.”, una excelente embarcación de tres palos, era sumamente veloz.

Disponía de cuarenta cañones, convenientemente distribuidos, que en un momento dado podían vomitar por sus obscuras fauces una verdadera lluvia de metralla.

Componíase la dotación de este navío de unos setenta hombres, todos ellos de pelo en pecho y expertos marinos, hombres que en más de una ocasión habían visto la cara a la muerte.

Ni que decir tiene que la fragata "Princess” era una de tantas naves que en aquellos tiempos surcaban los mares, dedicadas a una de las formas más frecuentes de la piratería: el comercio de negros a la sazón muy floreciente.

Hacía solamente algunos meses, que Inglaterra, país al que pertenecía la fragata “Princess”, había concertado con España un convenio asegurándose por treinta años, esto es, hasta el 1743, el monopolio del comercio de negros.

Su Majestad británica, por el convenio suscrito el día 26 de marzo del citado año de 1713, se comprometía a introducir en la América española 144.000 “piezas de India” — que tal era la denominación que se daba a los negros en textos diplomáticos — de ambos sexos, esto es, a razón de 4.800 por año, mediante el pago de treinta y tres piastras por cabeza.

El tráfico negrero, de esta suerte legalizado, sólo podía ser ejercido por la compañía concesionaria del monopolio, y, por

consiguiente, todo comercio de ébano que no fuese hecho por ella era, desde luego, ilícito: contrabando.

Por tanto, la fragata “Princess” era un buque contrabandista, un corsario, un navío de piratas que navegaba hacia la costa occidental de África.

El objeto del viaje no era difícil adivinarlo: hacer un buen cargamento de negros en la costa de la Guinea.

De cuantos tripulantes componían la dotación de la fragata, magnífica colección de rostros patibularios los unos, y obtusos en salvaje cerrazón mental los otros, el más interesante no era el capitán, sino el timonel.

Llamábase Bartholomew Roberts, y había nacido en 1682 en Haverfordwest, lo cual quiere decir que, lo misma que Henry Morgan, otro famoso pirata, era galés.

El País de Gales, aparte de otras cosas notables, ha dado una espléndida colección de piratas, todos ellos intrépidos aventureros del mar.

A base de un retrato que ha dejado un cronista, puede asegurarse que Roberts, en la época a que nos venimos refiriendo, era un mozo de treinta años cumplidos, de gallarda presencia, de tez morena y de maneras distinguidas.

No obstante las condiciones físicas que adornaban su figura, las de índole moral eran más dignas de ser tomadas en consideración, puesto que constituían la más confusa mezcla de sentimientos e inclinaciones contradictorias.

De espíritu eminentemente aventurero, Roberts era, sin embargo, sobrio y abstemio como un cenobita.

Aborrecía por completo toda clase de bebidas espirituosas, y no había fuerza humana capaz de hacerle beber un vaso de ron de Jamaica.

Para mayor contraste con la vida que llevaba y la profesión a que se dedicaba, no sólo aborrecía la bebida, sino también el juego y las mujeres.

¿Quiere esto decir que fuese un ser huraño, un misántropo extravagante, uno de esos marinos para los cuales no hay otro mundo que el mar inmenso?

No olvidemos que sólo contaba treinta años en el momento en que trabamos conocimiento con él. Además, sus historiógrafos

aseguran que era un hombre jovial, alegre, comunicativo, aunque a veces un poco dado a la melancolía y, por añadidura, sumamente piadoso.

Bien es verdad también que en ocasiones se dejaba arrebatar por la cólera, pero en los momentos de peligro daba pruebas de una serenidad y presencia de ánimo admirables.

Pertenecía a ese número, entonces muy crecido, de puritanos exaltados que poblaron el norte del Nuevo Continente y que dieron a las costumbres una austeridad extraordinaria.

Era humano y compasivo; no gustaba de humillar a nadie, pero sabía muy bien medir las distancias, virtud esta última que, como se verá, había de permitirle ejercer un gran dominio sobre sus hombres.

Contradictorio en sus manifestaciones exteriores, mientras daba muestras de una humildad y sencillez casi cristianas, gustaba por antítesis del mayor boato.

Difícil era conciliar su rigorismo puritano con aquel afán de ostentación, de lujo, de esplendor, que le dominaba.

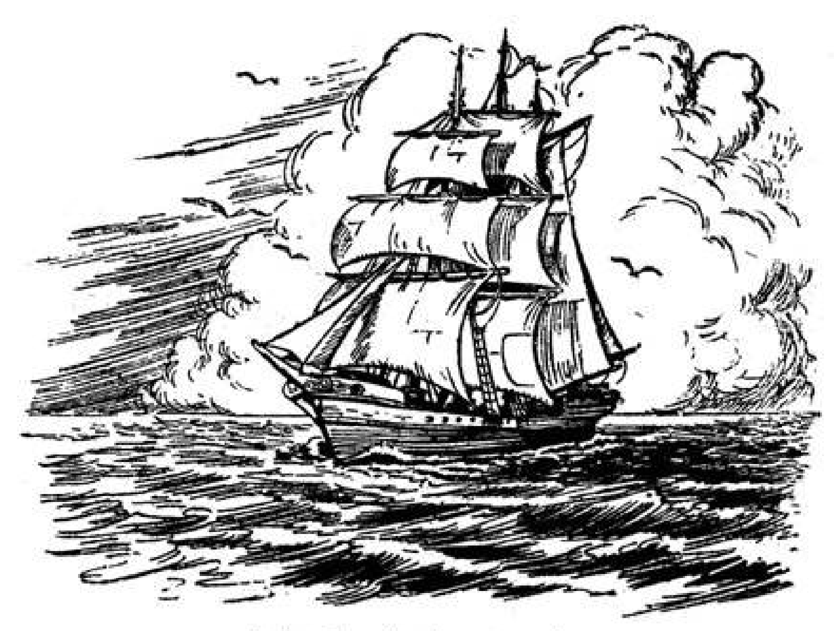
Amaba las telas costosas, las pedrerías, las flores, las plumas y las sedas, los encajes, las armas ricamente recamadas, todo, en suma, cuanto llevase el sello de la opulencia y del arte.

Era la manifestación de un espíritu romántico, en el que las contradicciones tal vez no eran más que aparentes. Independientemente de su ilegalidad, en la piratería alentó siempre una atmósfera de intenso romanticismo, desde el punto de vista aventurero.

Era el timonel de la fragata “Princess”, y desempeñaba su cargo a conciencia. Había surcado muchos mares, y puede decirse que el líquido elemento no tenía secretos para él.

Azares de la vida, que sería prolijo referir, le habían llevado a ser pirata, profesión que cuadraba admirablemente con su nomadismo, su espíritu de aventura y su afán de ostentación.

La suerte, hasta entonces, no le había deparado ocasión ni medios de desarrollar sus actividades; y aunque a bordo de la fragata gozaba de general estima y consideración, en rigor era uno de tantos obscuros piratas que en aquellos días infestaban los mares, impulsados por la codicia de un rico botín o por el odio hacia una nación.



Varios días llevaba navegando...

Varios días llevaba navegando la “Princess”, con viento propicio y mar serena, siempre, con rumbo hacia las costas de la Guinea, cuando cierta mañana el guía anunció desde su puesto que a babor se divisaba una vela.

En pocos momentos toda la cubierta de la fragata se vio invadida por una multitud de hombres dispuestos n obedecer las órdenes que se les diesen.

El capitán, inquieto, requirió el catalejo. En efecto; siguiendo la misma dirección que la “Princess”, desplegadas todas las velas, un navío avanzaba velozmente.

Se divisaba perfectamente el agudo tajamar que hendía las aguas como un cuchillo.

El capitán miró con redoblada atención: su examen duró algunos minutos. Tenía que habérselas con una nave corsaria. Reflexionó un momento: dudaba entre presentar batalla o darse a la fuga.

Tornó a mirar; como el viento era favorable a aquella embarcación, ésta avanzaba con gran rapidez, y ya se podían distinguir las negras bocas de los cañones.

El capitán optó por esquivar al enemigo.

Dio órdenes. Los hombres se lanzaron a los cordajes, y el timonel Roberts dio media vuelta al gobernalle. La “Princess” varió de rumbo; pero el viento no le era ya tan favorable como antes.

Además, el enemigo, que había seguido atentamente la maniobra, también había puesto proa en la misma dirección. Comenzaba, pues, la caza. No duró mucho la persecución.

Al cabo de media hora, el navío enemigo habíase aproximado lo suficiente para lanzar por boca de uno de sus cañones una intimación que nada tenía de tranquilizadora.

No fue contestado el disparo y de la nave enemiga partió un nuevo aviso esta vez más eficaz y decisivo, pues consiguió abrir un boquete en la parte baja de la amura de babor de la fragata “Princess”, que comenzó a hacer agua.

No hubo más remedio que rendirse. Algunos tripulantes de la fragata, entre ellos el capitán, se lanzaron al agua, dispuestos a ganar a nado la costa, que suponían bastante próxima.

Pero la mayor parte de la dotación de la “Princess” fue acogida y enrolada en el navío vencedor, el “Rover”, cuyo patrón, Howel Davis, era el antiguo timonel del buque que ahora mandaba como capitán.

Empezó su carrera como tal cuando el pirata Seager, al comienzo de una expedición a Oriente, se apoderó del “Cadogen”, nave perteneciente al capitán Skinner, que fue muerto en la refriega.

La tripulación hizo entontes donación del barco al timonel Howel Davis, el cual, desde aquel momento, eligió como campo de sus actividades corsarias la costa occidental de África, terreno fértil a toda clase de capturas y apresamientos, por ser paraje muy frecuentado por buques que hacían el tráfico de ébano negro, de oro y de marfil. Después trocó el “Cadogen” por el “Rover”, mejor velero, apresado en una de sus correrías.

Como el lector supondrá Roberts, timonel de la fragata “Princess”, fue uno de tantos tripulantes, que mitad por la fuerza, mitad de grado, hubieron de enrolarse a las órdenes de Howel Davis.

Sólo por espacio de mes y medio navegó Roberts bajo el mando de Davis, pues éste, en una peligrosa expedición emprendida contra la isla Príncipe, posesión portuguesa del golfo de Guinea, fue

alcanzado por una bala, y murió.

Esto planteó a bordo una difícil cuestión: la de nombrar nuevo capitán.

Candidatos no faltaban: por lo menos se ofrecían tres o cuatro, naturalmente los más valerosos y audaces, los cuales ya anteriormente se habían destacado por su energía e intrepidez, motivo por el cual los restantes tripulantes del "Rover" los llamaban irónicamente "los lores".

Sus nombres eran: Sympson, Antis, I Ashplant y Denis. Hombres de corazón endurecido, familiarizados con el peligro, fieles observadores de las leyes tradicionales de los "hermanos de la costa", convencidos de la necesidad de nombrar un substituto que ejerciera el mando supremo a bordo. Cierta noche los cuatro lores se en cerraron en el camarote del capitán, frente a una espaciosa cubeta de *punch* y se entregaron a las más serias deliberaciones, al final de las cuales harían recaer su designación definitiva.

Lord Denis, tras de Ingerir una respetable porción de *punch*, fue el primero que hizo uso de la palabra.

He aquí sus expresiones, según un documento de la época, verdadero modelo de oratoria:

—Honorabilísimos caballeros: en el fondo es una cuestión perfectamente secundaria la de saber a quién vamos a hacer el honor de conferir el título de capitán. Pues nosotros, como todas las comunidades humanas bien constituidas, somos quienes hemos de expresar la decisión de la colectividad que puede nombrar y deponer a quien le plazca. Por consiguiente, nosotros que nos hallamos aquí reunidos, lo mismo que los demás, que no lo están, somos nuestros propios jefes, Y si algún capitán fuese lo bastante imprudente para sobrepasar estos poderes, voto por que sea inmediatamente eliminado. Este ejemplo ejercerá un saludable influjo en su sucesor, el cual, a buen seguro, será más prudente. Pero, toda vez que llevamos aquí largo tiempo reunidos y aun no estamos borrachos...

Aquí se levantaron fuertes murmullos de protesta de los otros tres lores, que querían significar que aun quedaba media ponchera llena.

—...y tenemos la misión de elegir un hombre que, ante todo, sea un valiente, un marino experto y una cabeza bien sentada, que

pueda laborar por la prosperidad de los intereses de nuestra comunidad, es decir, defendernos de los peligros de un elemento pérfido, tengo, pues, el honor de proponer a Roberts, que según mi entendimiento y superior criterio posee el respeto y la confianza de todos.

Ruidoso batir de palmas partió de aquel noble conclave. La proposición, en principio, era acogida con simpatía. Pero había un disidente. Lord Sympson había alimentado la esperanza de ser designado él mismo para el cargo de capitán.

Lleno de contrariedad hizo una mueca de desdén, y, tras de echarse al coleto una respetabilísima cantidad le ron, gruñó:

—No me importa gran cosa quién pueda ser el bribón que elijáis... Lo único que quisiera es que no fuese calvinista.. ¡No puedo digerir a los calvinistas!

No fue considerada de gran peso la objeción de Lord Sympson, y la deliberación concluyó siendo Roberts elegido capitán del “Rover”.

Nuestro hombre no pareció entusiasmarse demasiado con la designación. Al serle comunicada la noticia se limitó a decir:

—Cuando uno ha llegado al extremo de hacerse pirata, siempre es mejor serlo en calidad de capitán que de simple marinero. Por lo tanto, acepto.

En honor a la verdad, hay que decir que su designación, acogida con bastante agrado al principio, hízose más tarde odiosa para ciertos hombres de la dotación, consumados bribones y empedernidos borrachos, que veían con muy malos ojos que el capitán viviese constantemente aislado en su camarote, excepto en los momentos de lucha, y que no compartiese sus ruidosas fiestas y sus descomunales borracheras.

Roberts tuvo siempre la prudencia de no pretender vulnerar los viejos derechos de los filibusteros respecto a la bebida.

El sabía que, según estos derechos, todo pirata podía engullir todo el ron que le viniese en gana. Pero, abstemio como era, Roberts se negó en todo momento a tomar parte en las bacanales a que se entregaban sus hombres.

Sin embargo, mostrábase tolerante para con toda clase de excesos, lo cual no fue óbice para que a bordo se manifestara más de un intento de rebelión, que Roberts supo reprimir con mano

enérgica, eficazmente asistido por los lores que le habían elevado a la dignidad de capitán.

El primer acto realizado por los piratas bajo el mando del capitán Roberts fue un acto de venganza.

Los piratas, como todos los seres al margen de la ley, tenían de la venganza un elevadísimo concepto: para ellos vengar las injurias recibidas por cualquier miembro de la comunidad era un sacro deber.

De esta suerte, Roberts, apenas posesionado del cargo, ordenó bombardear la isla Príncipe, como una especie de honor rendido a la memoria de su antecesor Howel Davis, que halló la muerte en el ataque contra la isla.

Seguidamente el “Rover” se aventuró por los mares en busca de presa propicia.

No le favoreció la suerte, y al cabo de algunas semanas de vagar errabundos, entre cielo y agua, los piratas se encontraron casi en la miseria.

Entonces Roberts concibió el propósito de poner proa a las costas del Brasil, inaugurando así la serie de sus grandes correrías marítimas, que tanta fama habría de darle.

Después de un mes aproximadamente de navegación, con buenos y malos vientos, el “Rover” arribó al desierto peñasco que era antaño Fernando de Noronha, lugar inhóspito, batido por las olas, donde, no obstante, echaron ancla con el fin de poner la embarcación en condiciones de empezar sus empresas.

Zarparon de nuevo al cabo de algunos días, y dos meses, y medio más tarde habían atravesado las aguas de la costa de América del Sur, parajes de ordinario muy frecuentados por los veleros de toda clase, que volvían a Portugal y España cargados de riquezas, pero en los cuales, sin embargo, no hallaron ni una sola vela.

Roberts, que empezaba a sentirse preocupado, mandó hacer rumbo hacia San Salvador, que a la sazón era el puerto principal del Brasil, donde la suerte, cansada ya, sin duda, de volver la espalda a nuestros honra— dos piratas, les presentó una magnífica ocasión de resarcirse de sus pasadas privaciones.

En la bahía de Todos Santos, profundamente hundidos en el agua, lo que era señal inequívoca de que contenían abundante

cargamento, nada menos que cuarenta y dos navíos portugueses se balanceaban suavemente.

Los buques estaban en disposición de aparejar hacia Lisboa, y si no lo habían hecho ya era indudablemente porque aguardaban a que se les incorporasen dos convoyes.

A la vista de semejante presa, Roberts, y con él los lores y demás, piratas, quedáronse perplejos. El capitán veía allí una espléndida ocasión de poder acallar los rumores que ya se habían levantado entre la tripulación con motivo de aquellos meses de estériles correrías.

Pero al propio tiempo dábase cuenta de las dificultades que ofrecía la empresa. ¿Cómo hacerse dueño de cuarenta y dos buques?..

Era algo fabuloso, y el pulso le latía aceleradamente al contemplar la magnífica presa que tenía ante sus ojos. Era menester tomar una determinación, pues de lo contrario, ¿quién sujetaría en adelante a aquellas gentes sediciosas que componían la dotación a su mando?

Era preciso demostrarles que no habían estado desacertados en su elección, y que él era un capitán verdaderamente digno de tal nombre.

Los lores, no menos impetuosos que el resto de la tripulación, se mostraban decididos a lanzarse al asalto pero el capitán, sin prestarles atención, formó su plan, que, una vez expuesto a sus subordinados, mereció toda clase de objeciones.

Sin embargo, Roberts se impuso. Comenzó por aproximarse lentamente a los navíos portugueses, y, hecho esto uno de sus hombres logró apresar al jefe de la flota, el cual fue llevado a presencia de Roberts.

Éste lo recibió con aquella mezcla de amabilidad y de dureza en él tan característica, a través, de la cual zumbaba una constante ironía, y dijo:

—Como podréis ver, capitán, sorna unos capitanes de fortuna, ya que la suerte siempre nos favorece. Os tengo en mi poder; vuestra vida me pertenece, a menos que vos queráis conservarla. Por consiguiente, hacedme la merced de indicarme al instante cuál de esos navíos lleva más rico cargamento. Ahora, decidid vos mismo. Si hacéis lo que os mando, conservaréis la vida; si no lo

hacéis, tendré el disgusto de veros colgado del palo mayor ¿Cuál es vuestra opinión?

El pobre diablo de portugués no hubo de romperse los sesos reflexionando. Diligentemente señaló a los piratas el magnífico navío de cuarenta cañones y más de cien hombres de tripulación, que yacía medio hundido en las aguas, a efecto de la exuberancia de cargamento que llenaba la bodega.

Animaba al capitán portugués la secreta esperanza de que les piratas serían recibidos con todos los honores por los hombres del gigantesco navío.

A este respectó, dijo, irónicamente:

—Vestid, capitán, vuestras mejores galas, pues seréis objeto de una gratísima acogida…

Roberts miró desdeñosamente al capitán y soltó una carcajada, licencia inusitada en él, de ordinario tan parco en toda demostración de sus pensamientos.

Aún comentó:

—¡Bah!… Son portugueses…

Y acto seguido dio órdenes a sus hombres para que estuvieran dispuestas al ataque. Entonces dispuso que el “Rover” avanzase hasta el navío designado por el marino portugués, y, cuando lo tuvo a la vista, gritó:

—¡Capitán!…

Una voz le respondió:

—¿Quién va?

—Gente de paz… ¿Cómo estáis, capitán?

—Bien, vuestra gracia, muy bien…

—Hacedme la merced de pasar a bordo de mi nave, señor capitán, pues tengo que comunicaros una noticia muy importante— invitó Roberts.

—Será para mí un gran honor… Aguardad un momento, pues enseguida estoy con vos.

A estas palabras del capitán del navío portugués siguió un confuso ruido, continuando con algunas órdenes dadas, sigilosamente, mas no tanto que no las percibiese Roberts.

Al cabo de un instante el puente del navío se vio invadido por una multitud de hombres. Los piratas habían sido descubiertos.

Pero Roberts no vaciló; en lugar de hablar él, creyó más

conveniente hacer hablar a sus cañones. Inmediatamente, del “Rover” partió una andanada, que sembró la confusión y el desorden en las filas de los portugueses.

Seguidamente, los sabuesos de Roberts, eficazmente dirigidos por éste, se lanzaban al combate, que no fue de mucha duración.

Dos piratas cayeron fulminados por la metralla enemiga, pero en compensación cayeron muchos portugueses.

Roberts, impasible, hierático, en el puente de mando, ricamente ataviado, al aire sus luengos cabellos, dirigía la operación, al parecer indiferente a cuanto sucedía a bordo de su nave, pero en realidad muy atento a los menores movimientos de sus hombres y del enemigo.

Llegado el momento oportuno, gritó, estentóreo:

—¡Al abordaje!

Como lobos famélicos, aquellos desalmados, sobre cuya conciencia, individual y colectivamente, pesaban tantos crímenes, se lanzaron feroces al abordaje, esgrimiendo sus hachas y puñales, y matando a diestro y siniestro. En breves minutos se hicieron dueños del navío.

El combate, no obstante, fue tan breve como sangriento. La cubierta del barco portugués aparecía sembrada de cuerpos humanos, muertos unos y otros en la suprema palpitación de la agonía.

Este tenía el cráneo hendido de un hachazo; aquel otro contenía con las manos temblorosas el rojo raudal que escapaba de su pecho, en tanto que su bronceado rostro se cubría de una intensa palidez; aquel de más allá, miraba agonizante sus brazos cortados...

Durante la operación del abordaje, la alarma habíase extendido a los navíos vecinos. El aire comenzó a llenarse de gritos y silbidos. Las embarcaciones se comunicaron entre sí por medio de señales, y al cabo de unos momentos la bahía ofrecía el aspecto más confuso del mundo. Algunos cañonazos pusieron sobreaviso a los convoyes. Entretanto, los piratas maniobraban con la mayor presteza, aunque no sin grandes dificultades, dada la enorme carga del navío apresado, para aparejar convenientemente.

Roberts había basado su plan de captura en la rapidez; un minuto perdido podía desbaratar todas sus previsiones.

Pronto se vieron los piratas en camino nuevamente; pero los

convoyes, al fin, habían desatado sus amarras y se lanzaban en persecución del "Rover" y de la nave capturada, los cuales, desplegadas todas sus velas, procuraban hacer cada vez mayor la distancia entre él y los navíos portugueses.

De los dos convoyes que habían salido en persecución del barco pirata, uno se había quedado muy atrás, en tanto que el otro iba aproximándose gradualmente al "Rover", hasta el punto de alcanzarlo casi, pues el velero pirata, pese a todos sus esfuerzos, avanzaba fatigosamente, debido al exceso de carga.

Roberts comprendió al instante que no había otra solución que la de detenerse, tanto para poder maniobrar mejor como para presentar batalla si se hacía preciso.

Por venturosa coincidencia, cuando el convoy portugués se percató de que el navío pirata parecía dispuesto a aceptar la batalla, se detuvo, sin duda en espera de que se le reuniese el otro convoy, que andaba muy rezagado.

Durante cierto tiempo el convoy portugués tuvo delante de su proa al navío pirata, sin atreverse a acometerlo solo. Mientras, a bordo del "Rover", se maniobraba diestramente. Al fin, Roberts dio la orden de que se desplegase velas nuevamente, y el "Rover", con viento en popa, se alejaba del convoy, que no se atrevió a seguir' le solo.

La captura había sido magnífica. El barco apresado llevaba un riquísimo cargamento de azúcar, licores pieles, tabaco, telas, armas y pólvora Además, hallóse también hasta cuatro mil monedas de oro, gran número de cadenas de este metal y de plata, un puñado de piedras preciosas y otras suntuosidades.

Finalmente, se encontró un maravilloso crucifijo de oro, con incrustaciones de diamantes, que la colonia de San Salvador remitía como presente al rey de Portugal.

El capitán Roberts, en pie ante el gran mástil, examinaba indiferente aquel rico tesoro. Mas, cuando vio el crucifijo, sus hundidos ojos tuvieron un destello de algo que no era puramente codicia.

Silenciosamente, según su costumbre, lo tomó, lo examinó con cuidadosa atención, y lo guardó en uno de los bolsillos de su casaca. El resto del tesoro fue distribuido equitativa mente, con arreglo a las tradicionales leyes de la piratería.

Los hombres del “Rover” parecían haberse vuelto locos de júbilo; una alegría casi salvaje les poseía. Unos daban cabriolas sobre el puente, mientras que otros, borrachos ya, entonaban canciones obscenas, o dormitaban fatigados sobre los cordajes.

Había descendido la noche. El barco pirata navegaba libremente sobre las rizadas aguas que azotaban sus flancos; la luna, plena, magnífica, rutilante, iluminaba las aguas.

Parecía que la nave surcase un lago de plata líquida. Las velas, hinchadas por el viento, parecían querer estallar. En lo alto del mástil, el pabellón pirata, la blanca calavera bordada sobre, el fondo negro, daba violentas sacudidas como los coletazos de un saurio.

Y allá arriba, en el puente de mal do, bajo la planicie inmensa del cielo, había un pirata puritano, sanguinario y piadoso a un mismo tiempo; el corsario ascético, duro y enérgico que ama las sedas, los encajes. Y en su mirada hay una gran serenidad.

Y sobre su pecho, sobre los finos encajes de su gorguera, de una pesada cadena de oro pende el crucifijo que los buenos creyentes portugueses de San Salvador remitían, como presente a su señor rey.

En la costa de la Guayana, los piratas hicieron un alto, y en un establecimiento holandés de la isla del Diablo, en la embocadura del Surinam, vendieron todo el cargamento apresado a los portugueses.

Después de esto, los piratas se concedieron algunas semanas de reposo, el cual duró hasta el instante en que sus bolsas se vieron vacías.

Llegado este momento, el “Rover” se hizo de nuevo a la mar, en unión del buque apresado a los portugueses. Un serio problema preocupaba hondamente al capitán Roberts: la falta de víveres. Abundaba el oro, pero faltaba la comida, sin la cual era sumamente arriesgado lanzarse a la ventura. La suerte llegó en ayuda de Roberts, pues cierto día dieron caza a una chulupa cuyo capitán dijo a los piratas que venía de Rhode-Island, y que había hecho casi todo el viaje navegando en conserva junto a cierto bergantín que llevaba un magnífico y abundante cargamento de víveres.

Inmediatamente Roberts dio las órdenes oportunas para que se vigilase la mar noche y día hasta dar vista al famoso bergantín, que

para ellos simbolizaba el cuerno de la abundancia.

La chalupa recién capturada fue aparejada al instante, formando con el “Rover” y el navío portugués un principio de flota. Roberts dejó estos navíos, al mando de un tal Kennedy, que había dado prueba de un gran valor durante el ataque a la isla Príncipe, y se embarcó en la chalupa con cuarenta voluntarios para dar caza al bergantín.

El capitán creyó, equivocadamente, que sería tarea llana el dar caza al bergantín, y que al día siguiente lo traería a remolque. A tenor de este pensamiento, Roberts no tuvo, la precaución de hacer gran provisión de víveres, inadvertencia que había de costarles bastante cara, pues al cabo de todo un día de navegación no habían conseguido más que dar vista al bergantín, pero no capturarlo.

Los tripulantes de éste, sin duda se habían dado cuenta de que un navío pirata les iba a la zaga, y se lanzaron a todo trapo mar adentro. Roberts, a su vez, mandó también desplegar todas las velas. La persecución, tenaz y constante, duró ocho días. El bergantín, que indudablemente, era un navío muy veloz, terminó por perderse en el horizonte.

Y Roberts, en uno de aquellos, ataques de cólera que de tarde en tarde le acometían, dábase a todos los demonios. La pasión de la caza habíale alejado un buen puñado de leguas del punto en que quedara Kennedy con los dos navíos. Además, durante aquellos ocho días de estéril persecución, habíanse agotado los víveres y todo el agua.

Los barriles, no contenían una gota de líquido, y las cajas de galletas estaban también vacías. Ante lo apurado de la situación, Roberts no perdió la serenidad. Comprendió que la única solución que quedaba era la de embarcar algunos hombres en la canoa que llevaba a remolque, para que se dirigiesen al encuentro de los navíos, en tanto que la chalupa buscaría algún lugar donde poder desembarcar y procurarse agua.

Puso en práctica su proyecto, pero, una vez hubo partido la canoa, se encontró con que no le fue posible hallar lugar donde echar el ancla. La tierra estaba, sin duda, muy lejos.

Entonces comenzó el doble tormento del tambre y de la sed. El calcinante sol de la Guayana, cayendo de plano sobre la embarcación al pairo, aumentaba su intensidad. Los piratas sentían

en sus gargantas una garra de fuego... Roberts no era de los que menos sufrían; con toda generosidad había cedido a la comunidad la parte de agua que le estaba reservada.

Las horas discurrían mortalmente; la sed era cada vez más extenuante. Algunos semblantes, agotados por el sufrimiento, daban muestras de la mayor postración, y difícilmente se hubiera podido reconocer en aquel puñado de sedientos, de faz descompuesta, a los audaces piratas de la costa del Brasil.

Roberts a pesar de que sus sufrimientos en nada diferían de los de sus hombres, no daba la menor señal de desfallecimiento. Tenía la seguridad de que la situación, por dura que fuese, no se prolongaría demasiado. Así, pues, desde su puesto, allá sobre un rollo de cuerdas, las pistolas al alcance de la mano, por si se producía algún desmán, los encajes de la camisa hechos jirones, desnudo el cuello, barbudo el rostro, por el que corrían canulillos de sudor, el capitán Roberts alentaba de vez en cuando a sus subordinados:

—¡Ánimo, amigos, ánimo! Kennedy no nos dejará morir como a perros.

Dos hombres, más animosos que sus compañeros, concibieron un proyecto audaz, que el capitán vióse obligado a aprobar. Arrancaron las planchas de madera de uno de los camarotes y con ellas construyeron rápidamente una especie de almadía, y en ella se aventuraron a ganar la costa en busca de agua.

Partieron. Las horas continuaban sucediéndose cada vez más terribles. El barco, al pairo, cabeceaba lentamente; no soplaba un hálito de brisa. En cambio, el sol quemaba como un hierro al rojo. Transcurrieron dos días, durante los cuales las fuerzas fueron decreciendo de un modo alarmante. Algunos piratas daban ya sin tomas de locura. En su delirio veían inmensos lagos, de espejeantes aguas, lagos imaginarios que aumentaban e suplicio de aquellos Tántalos del mar,

La suerte se apiadó de ellos, y bien merecía Roberts la calificación que a sí mismo se había dado de “capitán de fortuna”, como sinónimo de salir indemne de los peores lances, porque menosprecia la muerte.

Los expedicionarios de la almadía regresaron trayendo agua. Para algunos piratas el auxilio llegó demasía do tarde. Los otros,

saciada la sed siguieron sintiendo las torturas más soportables del hambre: los expedicionarios no habían podido hallar más que agua. Pero al día siguiente divisaron a lo lejos un bulto que se movía: era la canoa. Los piratas lanza ron estruendosos gritos de júbilo, que no tardaron en convertirse en terribles imprecaciones, cuando vieron que la cantidad de víveres que traían los de la canoa era a todas luces insuficiente. Además, los hombres de la canoa eran portadores de una noticia desagradabilísima: Kennedy, como buen pirata, habíase largado con le dos navíos y todo el botín.

Indescriptible fue la cólera que se apoderó del capitán Roberts, mas fue la suya una ira concentrada, silenciosa, que no se manifestó ni en palabras ni en acciones. A la postre con cierta magnánima comprensión llegó incluso a disculpar la infidelidad de Kennedy, cuya fortuna, por otra parte, fue muy efímera.

Las huestes de Roberts, tras de inauditos esfuerzos, consiguieron salir del mal paso en que se habían metido. Rehechos ya continuaron sus correrías por las Antillas, sembrando el terror en los mares, hasta el punto de que algunas inscripciones de la época presentan a Roberts de pie entre dos cráneos humanos, debajo de los cuales se lee "A diestro y siniestro, dar muerte".

Después llevaron su campo de operaciones a Terranova y Nueva Inglaterra, continuando la serie de sus proezas sanguinarias. Tras de sembrar el espanto en aquellos mares regresaron a las Antillas, donde la suerte les fue adversa. Fue éste un viaje desastroso, durante el cual muchos de los piratas murieron de hambre y sed.

Esta serie de adversidades produjo en la tripulación un descontento, que iba en aumento de día en día. Preciso es conocer la psicología de los piratas para comprender cómo, haciendo hermosas presas, fuera posible que de la noche a la mañana, se viesen reducidos a sucumbir de inanición. En primer lugar, cuando el pirata recibía su parte del botín, como quiera que sabía que su vida estaba siempre pendiente de la más leve circunstancia, sólo pensaba en dilapidar el producto de sus crímenes: el juego, las mujeres, y la bebida daban pronto al traste con su peculio. Los piratas al tocar tierra después de meses y aún años de no ver más que cielo y agua se sentían espléndidos como príncipes, y en una continuada, orgía de varios días o de varias semanas gastaban todo cuanto poseían.

Esto, por una parte; por otra, no todos los navíos apresados llevaban cargamento de víveres; en ocasiones lo era de pieles o de tabaco. La dificultad de procurarse víveres era casi siempre considerable; y si se añade a esto que los piratas, en su mayoría, distaban mucho de ser sobrios, se comprenderá perfectamente que a veces sobreviniesen terribles escaseces, máxime dada la imposibilidad que a veces existía de poder tocar tierra.

Además de las causas expuestas, existía otro motivo de descontento entre la tripulación: Roberts, llevado de su invencible repugnancia por todo lo que pudiera tener carácter de orgía, había procurado infundir un poco de orden entre sus indisciplinadas huestes.

Obligó a sus hombres a apagar las luces de a bordo a las ocho de la noche; pero con las luces apagadas la juerga seguía. Los piratas se emborrachaban hasta caer exánimes. Si en aquel momento se hubiera presentado el enemigo, todo se habría perdido. Los hombres sentíanse incapaces de dar un paso, y menos todavía de empuñar un arma o de manejar un cañón. Era una horda bárbara, entregada a la más abyecta embriaguez. Roberts sentía repugnancia y desprecio infinito hacia sus hombres al verlos tendidos sobre el puente o los cordajes. Y sus tripulantes no ignoraban que el capitán Roberts los despreciaba.

Por esto, un día...

Obscurecía. El navío, con viento indeciso, avanzaba lentamente. Hacía calor, un calor sofocante, húmedo, pegajoso, un calor rezumante que perlaba las sienes con un sudor tibio que se helaba al instante. La atmósfera estaba enteramente saturada de electricidad.

A popa, varios piratas fumaban sus pipas y entonaban báquicas canciones ante una barrica de ron. Algunos estaban ya completamente borrachos; éstos yacían tendidos cuan largos eran sobre el puente, dejando escapar por sus entreabiertos labios palabras incoherentes. Otros sólo estaban ebrios a medias; éstos cantaban, y en ocasiones promovían un griterío ensordecedor. Dos de ellos, un poco apartados, jugaban a los dados rubias monedas de oro.

De improviso, una figura apareció en cubierta: era el capitán. Habíase tumbado a dormir la siesta, pero aquel calor agobiante no

le había permitido conciliar el sueño. Estaba malhumorado, febril, presa de una extraña excitación. Dio unos pasos por cubierta, se aproximó a la banda y contempló el mar. Después, lentamente, se acercó al grupo; de los que seguían bebiendo y jugando, lanzando juramentos capaces de hacer lanzar chispas a una piedra.

—¡A callar, bestias!—ordenó Roberts, malhumorado.

Por un momento, los piratas se miraron sobrecogidos y quedaron silenciosos. Roberts volvió la espalda, y al cabo de unos instantes, dejábase oír de nuevo el griterío.

De pronto, uno de los que yacían sobre las cuerdas en estado de perfecta embriaguez se levantó, dando horribles traspiés. Sin rumbo fijo, tal vez buscando el camino de la escotilla, anduvo sobre el puente. En su rostro innoble había la expresión de una completa imbecilidad. Estaba todo lo borracho que pueda estar un hombre. Siguió dando traspiés, y de pronto, sintió que le flaqueaban las piernas. Quiso apoyarse en algo, y fue a dar de bruces, sobre el capitán, que, vuelto de espaldas, seguía mirando los nubarrones.

Fue tal la violencia del golpe, que borracho y capitán rodaron ambos por el suelo. Roberts lanzó una exclamación de enojo, y excitado como estaba, se deshizo a manotazos del borracho. Éste, entonces, emprendió la dificilísima tarea de ponerse en pie, cosa que no consiguió sino al cabo de algunos minutos., tras de repetidos e infructuosos intentos y entre las carcajadas y cuchufletas de sus compañeros, que contemplaban el espectáculo con extraordinario regocijo.

—¡Pesas más que una ballena!— rió un pirata.

—¿Y a eso llaman un buen bebedor?—rió otro—. Sí... de agua.

—¡Silencio!—impuso Roberts.

El energúmeno había logrado ponerse en pie. Pero entonces, puestas ambas manos sobre el pecho, donde sin duda sentía la garra opresora del alcohol, comenzó a vomitar el más florido repertorio de injurias contra el capitán.

—¡Perro puritano! ¿Ya te has cansado de golpear a un pobre hombre indefenso?

Roberts volvióse rápidamente; palideció. Algunos piratas se pusieron en pie. El borracho prosiguió:

—Eres, delicado como una niña... ¡No puedes soportar el peso de uní hombre! ¡Valiente capitán tenemos! ¿Verdad, Lady... Roberts?

¡Puritano! ¡Bribón! ¡Hijo de perra!...

Los marineros no rieron, ni tampoco Roberts. Rápido, sin la menor vacilación, extrajo el fino puñal florentino que pendía de su pecho y lo lanzó como una saeta contra el pecho del ofensor, que dio un sordo gemido y se desplomó estrepitosamente.

Los testigos de aquella escena lanzaron un verdadero alarido, y se abalanzaron en tropel en dirección a Roberts. Éste, sin inmutarse, sacó las pistolas.

—El que se atreva, que dé un paso más... ¡Este hombre me ha insultado con la peor afrenta que a un capitán de mar puede hacérsele! ¿Hay alguno que quiera seguir su camino?

Estas palabras, más que la amenaza de las pistolas, hicieron retroceder a los piratas, los cuales, junto con los restantes que habían subido al puente al oír el altercado, formaron una especie de consejo de guerra para tomar decisión. En este mismo momento, una canoa se aproximaba al barco. En ella venían tres hombres que habían ido a tierra en busca de agua.

Entre ellos, hallábase uno llamado Jones, que era un verdadero coloso. De cerca de dos metros de estatura, tenía toda la apariencia de un gigante. Era robusto, anchos sus hombros, y fuertes y nervudos sus brazos. Este pirata era amigo íntimo de la víctima, y apenas supo lo ocurrido se adelantó resuelto al encuentro de Roberts.

El capitán vio venir al gigante. No pestañeó. Intensamente pálido, esperó. Jones seguía avanzando...

—¡Cobarde!—apostrofó vehemente.

Roberts sonrió con desprecio, y tirando de la espada pinchó en el vientre al gigante. Éste no profirió un solo grito; con una mano contuvo la sangre de la herida, y con la otra, rápidamente dio un manotazo en el brazo al capitán, haciéndole caer la espada.

Seguidamente cayó sobre él y lo atenazó con su enorme manaza por el cuello. Los piratas lanzaron un grito de alegría. Roberts hacía vanos esfuerzos por desasirse de aquella argolla que lo aprisionaba. Inútil: Jones era forzudo como un Sansón.

A rastras lo llevó hasta un cañón próximo, sobre cuyo lomo lo depositó como un fardo, comenzando seguidamente a descargar golpes hasta que Roberts, todo magullado, quedó tendido en el suelo. Imposible le fue defenderse contra aquel puño de hierro.

El vapuleo había sido presenciado por los piratas con inequívocas muestras de alegría. Pero después se operó una singular reacción, que demostraba cuán grande era el prestigio de un capitán, aunque éste estuviera caído.

Todos los que habían proferido exclamaciones de júbilo al ver como Jones golpeaba al capitán, comprendían ahora que aquel rebajamiento, aquella humillación por la fuerza bruta, nada tenía de ejemplar, y que dentro de la rudimentaria moral que poseían, aquello no significaba más que un acto de indisciplina.

Por ello, en consejo solemne, dieron lectura al artículo del código pirata en su “Carta de Partida”, que hacía referencia a la inviolabilidad del capitán, artículo que todos habían jurado acatar.

Comprendieron que habían violado, los principios más elementales de la disciplina, y que el capitán tenía derecho a colgarlos a todos. Por consiguiente presentaron a Roberts todo género de excusas. El capitán las acogió con desdén, diciéndoles con reposaba entonación:

—Sois unos bergantes que merecéis la muerte. La fuerza me ha vencido. De otro modo, Jones hubiera ido a hacer compañía en el otro mundo a Thompson. ¿Creéis que se puede insultar impunemente al capitán Roberts? ¿No conocéis nuestras leyes? Yo represento la autoridad entre vosotros, lo mismo en los tiempos favorables que en los adversos. Ese bruto de Jones ha vencido mi cuerpo, pero no mi espíritu. ¡Sigo siendo vuestro capitán, y todos me debéis satisfacción de vuestra conducta! Exijo una reparación.

Un viejo pirata se adelantó hacia Roberts:

—Capitán, reconocemos nuestra falta. Ordena, y aquellos de nosotros que tú señales, irán a servir de pasto a los tiburones, o bailarán la última danza colgados del palo mayor,

—Nada, de eso—atajó Roberts—. Vosotros me necesitáis a mí, pero yo también os necesito a vosotros. ¿Voy a deshacerme así como así de mis hombres? ¿Cómo va la herida de Jones?

—No es grave.

—Pues bien, primero curadle. Después, ordenaré lo que ha de hacerse con él.

Quince días después, el gigante, curada ya su herida, fue tendido ante el mismo cañón donde vapuleara al capitán, y boca abajo, recibió dos latigazos del “gato de nueve colas”, por parte de cada

uno de los tripulantes del navío. Después, inerte y convertido en pulpa sanguinolenta, fue izado por el cuello, quedando ahorcado del palo mayor días y días, hasta convertirse en esqueleto mondo.

Desde aquel momento, la disciplina quedó de nuevo asegurada a bordo para lo sucesivo. Y desde entonces, el capitán Roberts, en ulteriores correrías, se hizo famosísimo.

¿Y era este hombre “Pañuelo Negro”?

Capítulo VIII

Por qué el capitán Roberts no podía ser "Pañuelo Negro"

Diego Lucientes miraba con fijeza a Frasco Zarzales, tras el cual, Gastón d'Arsonval envainaba, aunque pesaroso.

—¿Qué fin persigue Roberts actuando así? Es capitán de mar, con nave pirata. Además... ¡tú dijiste que "Pañuelo Negro" era familiar del hidalgo Lezama!

—En parte... ¿Qué duda cabe que un famoso pirata como Roberts tiene parentesco familiar por sus hazañas con el actual conde Ferblanc?

—¡Alto ahí!—protestó, acalorado, Lucientes—. Por más famoso que sea el capitán Roberts, no deja de ser un criminal, que no resiste la menor comparación con el que supo ser el caballero del mar, exterminador de piratas, tales como precisamente vuestro aliado. Me has causado un desengaño, Frasco Zarzales. No sé qué finalidad se trae entre manos el capitán Roberts, pero el que tú seas un aliado suyo te hace ser cómplice de un asesino... que, quién sabe los propósitos que abriga. Pero... si Roberts es "Pañuelo Negro", ¿por qué humilló al marqués de Vergara y por qué mató al embajador veneciano? No obtuvo con ello botín ninguno. Más bien parecieron actos nobles que... ¿De qué os reís, d'Arsonval?—inquirió interrumpiéndose y mirando al que consideraba enemigo suyo.

Frasco Zarzales, encogiéndose de hombros, cruzó los brazos.

El belga, parsimoniosamente, expuso:

—El capitán Zarzales, por evitar querella entre nosotros y lograr que os marcharais sin daño, ha confesado que "Pañuelo Negro" es el capitán Roberts, que, a su modo, fue un capitán de fortuna. Pero, aun si eso fuera cierto, cosa que ni discuto ni niego, no os iríais,

porque ya sabéis que yo soy el segundo aliado de “Pañuelo Negro”. Sólo éste tiene derecho a dejaros libre de partir… y aquí estoy yo para impedir lo hagáis.

Diego Lucientes sonrió duramente.

—Gustosísimo acepto el ver si podéis impedirme salir, que hasta hoy, en mí sólo mandó un hombre: el hidalgo Lezama. Pero, antes de que entremos en acción, d’Arsonval. ¿queréis tener la delicadeza de evitarme una desilusión?

—Si puedo, lo haré, ¿Qué deseáis?

—Yo esperaba que “Pañuelo Negro” fuera… un buen mozo noble que, metiéndose a desfacer entuertos, emulara la fama de cuantos escasos bandoleros dignos de loa han existido.

—Seguid creyendo que “Pañuelo Negro” es un capitán de fortuna digno de tener por aliado al capitán Zarzales y a mí. Os expondré la razón por la cual el capitán Roberts no puede ser “Pañuelo Negro”.

Y Gastón d’Arsonval, sentándose, imitado por los otros dos, expuso el final trágico de la historia de Bartholomew Roberts.

Hacia mediados del año 1721, Roberts y sus huestes hallábanse en Sierra Leona, en la costa de África. En las inmediaciones del río, un guipo de comerciantes había establecido una factoría dedicada al comercio «leí marfil y de esclavos. En esto punto el capitán Roberts, hubo de recibir una noticia que nada tenía de tranquilizadora: dos navíos de guerra ingleses el “Swallow” y el “Weymouth” habían emprendido la tarea de perseguir y capturar a los piratas. Hacía escasamente un mes que los referidos navíos habían zarpado de Sierra Leona, encaminándose hacia el norte de la costa africana, donde presumían hallar a los piratas. Posiblemente, no estarían de regreso antes, de fin de año.

La noticia, como es de suponer, no hizo la menor gracia a Roberts, quien no obstante, dejó que sus hombres se entregaran libremente a sus violentas bacanales, y seis semanas después hacíase a la mar, poniendo rumbo hacia donde debían encontrarse los navíos guerreros.

No era propósito de Roberts capturarlos, ni mucho menos presentarles batalla, ni aun siquiera dejarse ver de ellos, sino sencillamente seguir las huellas de su paso, y echar ancla en aquellos puntos por donde hubiesen acabado de pasar los caza-

piratas. De esta forma siempre tendría noticias seguras de la posición del enemigo.

Merced a este procedimiento, sus hombres pudieron saquear libremente la costa de Sierra Leona, la Costa de Oro, la de Marfil y la de los Esclavos.

Las andanzas corsarias de Roberts se extendieron por todo el Océano, desde Ana Bom hasta la Costa de Oro.

Mientras, los dos navíos guerreros, el “Swallow” y el “Weymouth”, habían explorado de Norte a Sur, toda la costa africana, con resultado completamente negativo.

La “Swallow” halló en su ruta algunos navíos, cuyos capitanes informaron a Ogle, su capitán, de los estragos causados por los piratas.

Continuó la caza. Poco a poco, Ogle llegó a carecer en absoluto de noticias referentes al posible paradero de los piratas,

Al cabo de tres días de navegación, la “Swallow” divisaba al cebo. Durante la noche se oyó un cañonazo, y a la mañana siguiente Ogle tuvo la satisfacción de ver las velas de los navíos “Royal Fortune”, “Ranger” y otro, pertenecientes a Roberts.

—¡Por fin!—exclamó Ogle—. Espero ahora que no se me escaparán.

Con este fin, tras de esconder cuidadosamente todo cuanto pudiese denunciar su carácter de barco de guerra, la “Swallow” comenzó a remontar sigilosamente la lengua de tierra, con el fin de sorprender al enemiga por la espalda.

Esta maniobra fue en cierto modo un cepo para Roberts, que creyó que se trataba de un navío mercante que huía de ellos. Y deseando darle caza, mandó uno de sus barcos, el “Ranger”, en persecución de la “Swallow”. El “Ranger” avanzó, confiando hacer una buena presa, y cuando tuvo al alcance a la “Swallow”, izó rápidamente el pabellón pirata y abrió fuego.

Mas ¡cuál no sería la sorpresa de los piratas al ver que los cañones del falso buque mercante comenzaban a hablar con una elocuencia sorprendente!

En tanto que Skyrme, el capitán del “Ranger”, un galés como Roberts, celebraba conciliábulo con sus lugartenientes, la “Swallow” siguió lanzando fuego por la boca de sus cañones con tan terrible insistencia que, de improviso, el palo mayor del “Ranger” se vino

abajo con gran estrépito, obstruyendo el buque.

Esto era ya decisivo. Los piratas se dispusieron a rendirse a discreción.

Sin manifestar excesivo pesar, sino antes bien, resignados con su suerte, los piratas, muchachos en su mayor parte, se entregaron sin oponer resistencia. Al día siguiente, Ogle expidió al “Ranger” hacia la isla Príncipe.

Transcurrieron dos días. Roberts no se había movido de su sitio, esperando la vuelta del “Ranger” con su presa. En el interregno, para no perder la costumbre, la “Royal Fortune”, había realizado una pequeña incursión por aquellas inmediaciones, apresando la goleta “Neptuno”, mandada por el capitán Hill, de Londres.

Este navío llevaba un excelente cargamento de ron y de aguardiente, cargamento que había de ocasionar la ruina de los piratas. Pues, mientras éstos aguardaban el regreso del barco expedicionario, que no había de volver jamás, se entregaron a tan copiosas libaciones, que a la mañana siguiente estaban totalmente borrachos e incapaces de dar un solo paso.

Naturalmente, el capitán Roberts no imitó el ejemplo de sus hombres. Fue el único que permaneció por completo sereno en medio de la repulsiva bacanal.

En el puente de mando, Roberts, en compañía de su prisionero, el capitán Hill, saboreaba un pequeño refrigerio que, por excepción, rociaba con un vaso de cerveza negra.

Eran las nueve de la mañana.

En este momento, el vigía señaló la presencia de una vela, más allá del cabo López. Roberts meditó un momento, y seguidamente hizo señas al vigía de que no estimaba conveniente emprender ninguna nueva captura por el momento.

Algunos piratas que ya se hallaban casi libres de los vapores alcohólicos, se habían reunido sobre el puente, y hacían cábalas acerca de cuál podría ser la nave divisada por el vigía.

Mas entre los piratas hallábase un tal Armstrong, que no hacía mucho había desertado de la “Swallow”, y que después de mirar atentamente, exclamó:

—¡Es la “Swallow”! ¡Mil demonios! ¿No conoceré yo a mi propio navío?..

Estas palabras produjeron singular alarma a bordo. Roberts

abandonó la mesa; dio orden a Hill de que se retirase a su camarote, y seguidamente trató de despertar de su letargo a sus hombres.

Tarea inútil: la mayor parte de ellos hallábanse todavía bajo la influencia de la borrachera...

El navío seguía avanzando. Pálido, Roberts, pudo divisar al fin, el pabellón de guerra británico, que Chaloner Ogle no se curaba de ocultar.

No había un momento que perder. Roberts concibió el propósito de huir con viento favorable; dio orden de desplegar velas, cortar la amarra y adoptar los preparativos de combate.

Pero, esas órdenes, que debían ser ejecutadas con toda prontitud, no hallaron eco alguno.

Roberts rechinó los dientes de rabia; comprendió que había llegado el momento supremo.

En vano trató de enardecer a sus hombres y de hacerles comprender el peligro que sobre ellos se cernía. Seguían riendo imbécilmente.

Entonces bajó a su camarote. Su rostro estaba intensamente lívido, pero en sus ojos fulgía un extraño resplandor.

Roberts se disponía a recibir la muerte con todos los honores.

Con mano segura y perfecta calma, abrió un inmenso arcón adosado a la pared, junto al lecho. En su interior había un verdadero tesoro:

Extrajo del arca un suntuoso vestido de rojo damasco con galones, de oro, y se lo endosó con singular complacencia.

Cubrió su cabeza con un gran chambergo adornado con una roja pluma de pavo real, y colgó do su pecho la cruz de diamantes...

Buscó en el fondo del arcón una espada de toledano acero y de fina empuñadura. Ciñóse a los hombros una bandolera con dos pistolas, y colocó en sus finos dedos profusión de piedras, preciosas ricamente engarzadas.

Así ataviado, el capitán Bartholomew Roberts iba al encuentro de la muerte.

Terminado su atavío, en los labios del capitán floreció una amarga sonrisa que compendiaba su desprecio al género humano. Cerró el arcón y subió al puente...

La suerte pareció quererle favorecer todavía. La “Royal Fortune” avanzaba hacia la “Swallow”. Antes de llegar a la altura de ésta,

había ganado velocidad.

De la “Swallow” partió una andanada, que el navío pirata recibió sin gran daño. Pero de improviso, la “Royal Fortune” se desvió.

¿Fue culpa del timonel o del viento? No se sabe… Hablaron de nuevo los cañones de la “Swallow”, y esta vez dieron en el blanco.

Roberts, en lo alto del puente de mando, dominando el peligro, alta la frente despejada bajo el amplio chambergo, cuya roja pluma era azotada por el viento, seguía atentamente los movimientos del enemigo.

De pronto, una lluvia de metralla le hizo vacilar: su palidez se hizo mayor. Stephenson, uno de sus hombres, soltó la barra y corrió al lado de Roberts…

—¿Estáis herido, capitán?

Ni una palabra salió de los labios de Roberts, Retorcióse convulsivamente, crispáronsele los labios y los puños en una suprema torsión, y una oleada de sangre brotó de su boca, haciendo más rojo el grana de su damasco…

Después rodó en brazos de Stephenson, el cual imploró:

—¡Vivid, capitán! ¡Vivid por nosotros! ¡El enemigo entra al abordaje!

Pero Roberts ya no le oía. Estaba muerto.

Su cadáver, como prueba indiscutible, fue expuesto a bordo del buque inglés de guerra. Había terminado la existencia del famoso capitán Roberts.

Capitulo IX

A la decisión del más interesado...

Diego Lucientes había escuchado atentamente la detallada relación de la etapa final do la vida del capitán Roberts.

Y al terminar d'Arsonval, el madrileño acopló el jarro que amistosamente le tendió Frasco Zarzales.

Lo bebió lentamente, preparándose para su próximo duelo con el belga, el cual ya en pie flexionaba sus rodillas, como preludio, mientras despojábase del jubón, quedando enmangas de camisa.

Lucientes chasqueó la lengua.

—Buen mosto, a fe mía. Espesó y acariciante. Pero, antes de que os parta el pocho, d'Arsonval, dejadme hablar con vuestro amigo. ¿Puede saberse a qué diablos obedeció el que sacaras a relucir al capitán Roberts y toda su historia? ¿Qué tiene que ver con nosotros? Eso en tu tierra le llaman "salirse por peteneras."

Gastón d'Arsonval miró la diestra de Frasco Zarzales. Encogióse de hombros al ver que el anillo camafeo que lucía en el dedo medió del sevillano, aparecía como un simple aro de plata, vuelto hacia el interior el camafeo.

Y envainó, para colocarse de nuevo el jubón.

Diego Lucientes dio varias cabezadas inconscientes, mientras Frasco Zarzales, sonriente, explicaba:

—Todos somos capitanes de fortuna. También lo fue el capitán Kidd... cuyo tesoro yo sé dónde se halla.

—¡Cáspita! ¡El tesoro del capitán Kidd!—exclamó, maravillado,.Lucientes, estropajosa la lengua—. Pero... bueno, vamos a ver... si hay un poco de seriedad... y a lo nuestro...

Pero no terminó la frase, porque abatido de pronto como por invisible mazazo dobló el busto, y tendidos los brazos, quedó de

bruces contra la mesa.

Frasco Zarzales dio en su dedo media vuelta al anillo cuyo aro de plata engarzaba, un camafeo, que ahora en bisel, revelaba un hueco que aun contenía restos de blanco polvillo.

—Como siempre que la ocasión lo requiere, ha resultado sencillo —explicó a ¡d'Arsonval, inútilmente—. Tiendo el jarro, y mientras, mi anillo vierte el narcótico. Fuerte narcótico.

Gastón d'Arsonval estaba aproximándose al fondo de la sala, donde Andrés Cañizares el mesonero, le vio acercarse con recelo.

—Mi buen Andresillo, como es mi virtud ilustrar al ignorante, te haré partícipe de los grandes acontecimientos que el viajar proporciona. Yo, que por doquier he ido y por doquier he triunfado, grandes enseñanzas obtuve. Y si soy insistente, es porque no es enemigo quien avisa. Cuanto en tu mesón sucede, no existe... ¿Comprendes?

El rodar de las "erres" en la garganta del belga, producía en el mesonero el mismo efecto que un redoble de tambores anunciando una próxima ejecución.

—En la salvaje tierra de los faquires—continuó diciendo Gastón d'Arsonval—, abundan los seres inteligentes, que profesan la filosofía de los tres macacos. ¿No la conoces?

Denegó respetuosamente con la cabeza el mesonero.

—Ah, ignorante Andresillo, ¡cuán feliz eres de tenerme por huésped de honor! Los tres macacos, están representados en marfil. Uno se tapa los oídos, el otro la boca, y el otro los ojos. ¿Te das cuenta de la insinuación vaga e inconcreta, mí buen Andresillo? Tú eres un macaco en cuyo corpachón están los otros tres. Eres ciego, mudo y sordo.

—¡Siempre lo seré, caballero!— exclamó, con vehemencia, el mesonero.

—No has visto nada.

—No he visto nada.

—Ni sabes nada.

—Soy un ignorante, caballero, que tiene el honor de albergar a dos huéspedes generosos.

—Eso es, mi buen Andresillo. Mi compañía empieza a surtir en ti los deseados efectos.

Y el belga alejóse para volver junto a Frasco Zarzales.

—¿Y bien, Frasco?—inquirió, como si continuara una interrumpida conversación.

—Era preciso, Gastón. Me disgustaba que tú y Lucientes os pelearais, porque los dos sois capitanes de fortuna.

—Él es un insensato, borrachín y carente de seriedad. Si el Pirata Negro le soportó, no veo por qué yo debo.hacerlo.

—Es que lo que deba o no hacerse con Diego Lucientes, está pendiente de la decisión del más interesado, que es "Pañuelo Negro".

—Bien, pero conste que también queda pendiente mi duelo con tu protegido.

—No es mi protegido. Es un ente simpático, alocado, que ha sufrido, y no se ha amargado. ¿No basta eso para que lo consideremos uno de los nuestros?

—Lo decidirá "Pañuelo Negro".

Cogió Frasco Zarzales por el torso y las piernas al narcotizado, y levantándolo en vilo, en vigoroso esfuerzo muscular, abandonó la sala del mesón, seguido por Gastón d'Arsonval.

Poco después, tendido sobre su caballo, Diego Lucientes, dormido, era custodiado por los otros dos jinetes.

Atravesada la estrecha barranca, empezaba ya la peligrosa tierra de las arenas movedizas.

Iba en cabeza Gastón d'Arsonval, y a la grupa de su caballo, el inteligente corcel montado por Frasco Zarzales, seguía casco a casco, la marcha del guía..

Vuelto en la silla, cuidábase Zarzales de que el potro montado por un desmadejado jinete inconsciente, y tirando de las bridas del animal, siguiera en línea recta tras ellos.

Por fin, cuando como deglutido por la tierra grisácea de fangosa arena traidora, pareció hundirse con el caballo Gastón d'Arsonval, los otros dos caballos penetraron también rampa abajo.

Quedaron las tres cabalgaduras atadas al pesebre bien provisto, y los dos aventureros, permanecieron inmóviles, tendiendo el oído.

Allá al fondo del largo subterráneo, oíase una melodía sollozante, como arpegio de violines sentimentales.

Y cuando cesó el último acorde de violín, comentó Zarzales:

—Es un mago. El oírle tocar, siempre me impresiona profundamente. ¡Ah, si yo pudiera poseer ese arte! No habría bella

que se me resistiera a oír palabras de amor.

—No te haría falta hablar. Bastaría el violín.

Cogió Zarzales en brazos al inerte narcotizado, y con él en volandas, anduvo hacia el fondo.

La gruta, a trechos, presentaba concavidades tapizadas de rojos damascos.

Depositó Zarzales al durmiente en una de esas concavidades, sobre lujoso camastro cubierto de pieles.

Y poco después, al otro extremo del subterráneo, un alto y espigado joven de reflexivo rostro alargado, despejada frente y rizosos cabellos castaños en larga melena, sosteniendo bajo el brazo un violín, y vistiendo con atildado rebuscamiento, saludó ceremoniosamente a los dos aventureros.

—Os vi llegar, amigos míos. Y he comprendido que si traéis aquí a Diego Lucientes, es porque no está en situación de contemplar el refugio de "Pañuelo Negro". ¿Vuestro narcótico, capitán Zarzales?

—¡Sí, marqués de Ferjus.

—Título que no debes citar, Frasco—reprochó d'Arsonval.

—Mi rostro está descubierto ahora, capitán d'Arsonval—replicó Humberto de Ferjus, el segundo hijo del Pirata Negro— ¿Podéis explicarme la razón por la cual está aquí, entre nosotros, Diego Lucientes?

Fue el propio Zarzales quien relató todo lo sucedido, para terminar diciendo:

—...y pues vos sois el principal interesado, vos debéis decidir, marqués, lo que debe hacerse con mi amigo Lucientes.

El joven adolescente, de pálido rostro y ojos melancólicos, esbozó una sonrisa leve.

—Él os conoce a ambos. Sabe que sois mis amigos. Tarde o temprana podría comprometer el buen éxito de mis propósitos, que secundáis tan noblemente. Estima, pues, que sí en vida fue siempre Diego Lucientes un impetuoso e irreflexivo capitán de fortuna, es lógico que con los años no haya mejorado. Permanecerá aquí, hasta que no suponga peligro para nosotros. Os necesito, amigos míos, y es preciso que podáis deambular libremente. Que duerma... Debe descansar de su accidentada existencia.

—No le tenéis mucho afecto al amigo de vuestro... al amigo del conde Ferblanc, ¿verdad, marqués?—inquirió Zarzales.

—En Francia, cuando nos vimos por única vez, supe que al igual que su hija me calificó de “mequetrefe”, “botarate afeminado”, y otras lindezas, de que son pródigos en su vulgar lenguaje padre e hija. Y me enorgullece saber qué día vendrá en que comprendan ambos, que por ser hijo de quien soy, tengo también mucho amor propio.

—Indudablemente, el conde Ferblanc, podrá sospechar de todos, menos de vos, Humberto—dijo d’Arsonval—puesto que al igual que la señora marquesa os supone en Europa.

—Y de allá, habrán recibido ya la carta que, voluntariamente poco cordial, escribí anunciándoles que un día cercano vendría. La ha enviado ya desde Europa mi maestro de música Niccolo Pavolini. Y día llegara en que el señor conde Ferblanc, tenga que reconocer que también' un artista, odiando violencias y vulgaridades, puede ser un capitán de fortuna... gracias a vuestra lecciones y a vuestra noble ayuda, amigos míos.

Gastón d’Arsonval hizo un ademán amistoso.

—Decid mejor, Humberto, que vos nos proporcionasteis la ocasión de vivir la más espléndida de las aventuras, ayudando en su noble intención de sana venganza a "Pañuelo Negro”. Habéis imaginado la más ejemplar enseñanza. Lograr que cuando vuestro... que cuando el conde Ferblanc, ya exasperado por desconocer la identidad de “Pañuelo Negro”, se dé a todos los diablos, colme su asombro... ¿y por qué no decirlo?.. su orgullo, el saber que vos sois el famoso personaje cuyo misterioso proceder todos comentan. Hoy tuve el honor de saludar al conde.

Narró el belga ¡su entrevista con el Pirata Negro, siendo escuchado con atención por Humberto de Ferjus.

—Tenéis pues pendiente visita con él, capitán d’Arsonval.

—Y yo duelo—acotó Zarzales.

—Me complacería estar yo presente en vuestra próxima entrevista con el conde—manifestó Humberto.

—Me temo que sería excesivo el que aparecierais como “Pañuelo Negro”

—Oh, no... La nave francesa ha recalado ya en cercano puerto, procedente de Europa. Está todo preparado para que mi transbordo a ella pueda convertirme en pasajero procedente de Europa. Y en el galeón correo, cuando, arribe al puerto de Latacunga, tendré el

verdadero goce de ser recibido por mi madre, a la cual la larga separación me ha hecho quererla, si ello es posible, aun más.

D'Arsonval y Zarzales aprobaron silenciosamente.

Pero el belga, al cabo de un instante de silencio, expresó su opinión:

—Pensad que cuando estéis en el hogar del coronel Lezama, os será difícil rehuir explicaciones sobre vuestras salidas.

—Yo soy un mequetrefe, un botarate antipático—sonrió, levemente, Humberto de Ferjus—. Al menos así califica la gente ruda del mar, al artista violinista. Y no pienso modificar mi aparente personalidad. Seguiré siendo un muchacho que vive en las nubes, que odia la violencia, y que ignora el maneja de las armas... El conde Ferblanc habrá de soportarme como cree que soy, para algún día reconocer que aun siendo un violinista, ¡soy muy hombre! Pero por el instante, conocerá sólo al que secretamente constituía para él una vergüenza. Un artista amante de la soledad... Esta soledad, que me permitirá ausentarme cuantas veces quiera sin suscitar sospechas... ¿Quién de todos ellos sospechará nunca que "Pañuelo Negro" es Humberto de Ferjus? ¿Quién supondrá que pueda manejar como el más experto duelista, gracias a vuestras constantes lecciones, la espada? Yo no soy más que un mequetrefe, pálido y delicado, que por toda arma posee esto.

Y Humberto de Ferjus, "Pañuelo ' Negro", acarició blandamente el instrumento musical que sostenía bajo el brazo.

Pero Gastón d'Arsonval y Frasco Zarzales. Ellos dos, sólo ellos dos, sabían toda la invencible maestría, que, espada en mano, poseía Humberto de Ferjus, el violinista aristócrata. Humberto de Ferjus, el violinista aristócrata.

¡La más trepidante literatura! ¡La preferida de la juventud!
¡La que elevará su ánimo a las más altas cumbres de la emoción!

EL PIRATA NEGRO

La más audaz existencia puesta al servicio de la aventura sobre el escenario prodigioso de los siete mares.

TITULOS PUBLICADOS:

1.—La espada justiciera.
2.—La bella corsaria.
3.—Sucedió en Jamaica.
4.—Brazo de hierro.
5.—La carabela de la muerte.
6.—El leopardo.
7.—Cien vidas por una.
8.—La bahía de los tiburones.
9.—El corso maldito.
10.—Rebelión en Martinica.
11.—Los filibusteros.
12.—La primera derrota.
13.—La dama enmascarada.
14.—Los tres espadachines.
15.—Los mendigos del mar.
16.—El rey de los zíngaros.
17.—Noches fantasmales.
18.—Montbar, el exterminador.
19.—La tumba de los caballeros.
20.—Frente a frente.
21.—Esclavitud y rescate.
22.—Deuda saldada.
23.—El holandés fantasma.
24.—"Mezzomorto".
25.—Mares africanos.
26.—Enemigos irreconciliables.
27.—La ciudad invisible.
28.—El capitán Lezama.
29.—Contra viento y marea.
30.—Manopla de terciopelo.
31.—El caballero errante.
32.—Sucedió en Sevilla.
33.—La tizona toledana.
34.—Máscara de flores.
35.—Angus el tenebroso.
36.—La furia española.
37.—Dos españoles en París.
38.—Intriga macabra.
39.—La mujer del vampiro.
40.—El castillo de Civry.
41.—Los cuervos.
42.—Odisea en Italia.
43.—Los cuatro dogos.
44.—La princesa azul.
45.—Tres amores.
46.—Escala en Tenerife.
47.—Los negreros.
48.—Rumbo al Caribe.
49.—Rebelión criolla.
50.—El hijo del Pirata.
51.—"El Chacal".
52.—La Legión del Mar.
53.—La Amazona.
54.—Un violín en la tormenta.
55.—Los tres trotamundos
56.—El Marquesito.
57.—Reunión en palacio.
58.—El león plateado.
59.—El pirata novel.
60.—El reto del "Chacal".
61.—La costa dorada.
62.—En pos de "El Chacal".
63.—El "León" y "El Chacal".
64.—Aguas revueltas.
65.—La voz de la sangre.
66.—El verdugo espera.
67.—Tres cabezas.
68.—Las damas del arco.
69.—La fortaleza sitiada.
70.—Manada de lobos.
71.—Una familia peligrosa.
72.—La dama del mesón.
73.—Cara y cruz.
74. Hogar, dulce hogar.
75. Pañuelo Negro.
76. La hija del Virrey.
77.—Capitanes de fortuna.

EDITORIAL BRUGUERA - BARCELONA